

Seísmos de mieles pasajeras



Laura Rodríguez Ramos

Estudiante de Filología Hispánica en la Universidad de Oviedo

A mi familia, por estar unida y darme un hogar.

Todo amor es efímero

Ninguna era tan bella como tú
durante aquel fugaz momento en que te amaba:
mi vida entera.

Ángel González

[Prólogo (o proemio, como nos venga en gana) para entender lo poco que le importa al bueno de Vetusta nuestra opinión sobre esta mierda que ha escrito]

Sí, he tenido una tormentosa existencia de la que no me regodeo lo más mínimo, pero tampoco quiero esconderla, pues en la apertura de esta jaula se encuentra la liberación de mi infierno.

A lo largo de las llamaradas que caracterizaron mis corrientes, fui conociendo a cientos de personas que fingían un absurdo interés por lo que hacía y por cómo lo hacía: *¿y usted, señor Vetusta, escribe como un noctámbulo o prefiere el café matutino para despertar a las musas?, ¿colecciona cuadernos esbozados de historias que, tal vez, jamás nos regale a sus lectores?, ¿y su última pieza teatral, en qué se basa? ¿Tal vez en un amor perdido?, díganos, señor Vetusta, ¿se encuentra usted solo y por eso su prosa es tan sumamente abigarrada?*

Cuánta necedad junta… Incluso han llegado a acusarme de suministrar brebajes medicinales a moribundas líneas argumentales o de conjurar al maligno para que me rescate el *furor*.

Mire usted qué cosa magistral aquello del *furor*.

Lo único que puedo decirle ahora, querido lector ocioso, es que este que sujeta entre sus manos es el testimonio de los retales de mi vida, la única verdad sobre lo que hago y cómo lo hago: así es como siempre he jugado entre la tinta y las sirenas blancas, sirenas que me han quitado, de lo poco humano que algún día pude tener, toda la empatía que para con el mundo conservaba.

Esto es un constructo de retales (repito a boca llena que de retales de mi vida se tejen estas láminas de sal) que han ido saliendo de aquí y de allá, y ecos de latidos que llegan a mis ojeras en estos últimos días que me quedan antes de partir, en mi velero de las siete maravillas, hacia el horizonte ovalado del planeta.

He alcanzado la libertad que tanto ansían los mortales —yo, como *casi muerto*, ya he perdido dicha virtud—, y no me importa en absoluto lo que crean que yo soy, o lo que fui en algún momento de mi vida.

Sé que sumergido en esta sociedad en la que vivo —Sociedad que se sacia de la palabrería ajena— jamás se aceptarán mis filosofías e inquietudes.

Tal vez, y solo *muy* tal-vez y *muy* a-lo-mejor, alguien en algún rincón de este planeta en el que escribo pueda entenderme, y deseo que lo haga. Lo deseo tanto como deseé, en otras ocasiones, el cuerpo de aquella mujer que su alma me dejó por compañía.

También sé que, como buen hipócrita, si lee esto y mientras tanto en su cabeza crecen engranajes del color del estaño que huelen a óxido cardíaco, toda una maquinaria chirriante y maloliente que a voces pide barnizarse con sabia cerebral de la bella Razón —tan convencional, la pobre, que más pena que yo alimenta—, adelante, que ya no me importan en absoluto sus prejuicios y tarde es para usted el intentar cambiar mi universo universal, este mundo en el que hoy me deshago y me deshacen.

Así pues, le doy la bienvenida a la condena de mi vida, al bucle circular que en este infierno yo mismo he costeado: a lágrima y golpe de sangre amedrantados, uno a uno, mis errores.

Y a ti, que sé que todavía puedes leerme a años luz de este velero y que, de hecho, me lees —tal vez, ahogada entre la sal de tus océanos—: voy a cerrar los ojos mientras te veo marchar entre las líneas de lo que un día fue mi epifanía, recordando aquel último soplo de aire frío que dejaste en el extrarradio de mi cuerpo.

Amor amor (si es que puedo llamarte así todavía), mira a mi voz subiendo por las acaracoladas escaleras del olvido, y al eco de las olas romper en tus costillas.

Quiero pensar que muero y entonces, en el expiro, dejo revoloteando en tus cabellos la mejor versión de mí.

Consonantes sonoras

A ti te canto, dulcemente, con la muda inocencia del que se equivoca: a ti, mecánica instrumental, rumor de viento, que entre los pulmones y el cielo vibras, y me haces llegar al gozo entre cosquillas y eco de caracola, atormentado el recuerdo cuando te ausentas sempiternamente.

Dulce en tu bahía, cálida como la roca dorada, me quemas la piel y la derrites, hora tras hora: el océano calla.

De la mano arrastraste tú, con incansable letanía, las formas en que veo yo la vida, y la manera en que decido intervenirla. Soy siervo entre tus dedos, elasticidad pura, éxtasis, lujuria y sueño: amor amor, a ti te canto, desde el otro lado de tu cuerpo.

De ti la civilización se ilustró y lustró, cobijándose al calor de esa garganta: muchos se mataron defendiéndote, tantos otros se olvidaron de quererte, te fuiste fría entre los ecos vacíos de esa gente, de tus *expiros* nacieron otras siete.

La guerra que desde tu músculo se forja, la fuerte y ovalada piedra cardinal de tu sistema, cae hoy redonda y sin cuidado, y se cuestiona lo que ya no la rodea: y es que mientras las blasfemias de entre sus labios surgen, y explotan en el cosmos del planeta, nadie se da cuenta (ignorantes) de que mientras luchan contra ti, te emplean como arma.

Ahora que miras desde arriba, deidad de todo este sistema, explícame por qué esta sofocante agonía que inunda las aristas de la Tierra: mirando a tus hijas morir y matarse por tener espacio en un lugar virtual, lloro todas las noches y bebo de la sangre derramada mientras huérfana queda la Literatura.

A ti te canto, amargamente, desgarrada la garganta corrupta del equivocado consciente, que ya no queda indiferente ante la pérdida de esta obra monumental que construimos y que se escapa, ¡se escapa, se escapa!, vuela, vuela hacia lo alto de esta cumbre.

A ti te canto, vernácula inocencia, yo que tanto te quiero decir y tan poco tiempo que me queda, que me prohíben hablarte entre susurros, que me obligan a saberte, manchada de burocracia, amor amor, que yo tanto te sufro hoy:

Mudo, te canto esta elegía.

Personae

La inseguridad, muda, en los campos marchita los lirios que la brisa concibió: rumor de caracolas en el horizonte de las olas se aleja, cauteloso, el invierno. Y así pasa el tiempo por el mundo, como un rayo que ilumina el hueco de tu vientre, como la vida.

Personas que dicen ser o vivir *de*, *para*, *con*, *sin*. Murmullo de sirenas en tu risa, sufre la oclusiva una explosión y se deja morir: y así, llega la muerte, que de tus pestañas se cuelga y las riza, y las convierte en petirrojo. Echa a volar con destellos escarlata por el aire aquello que un día quisimos ser *para con* nosotros, y me preguntas asustada si es el amor lo que hoy buscamos entre la ceniza cerúlea del desierto.

Y te contesto que no, que no es eso lo que hoy buscamos, y nuestras pupilas se llenan de gente que alborota y se retuerce entre palabras que les salen de la boca, alabanzas, blasfemias, cableado intelectual de las palomas, jerga vacía de significados.

Si es que del cielo llueven hoy los golpes del invierno helado, que deja huérfanas de sabia a miles de volátiles promesas, que se miran y se ríen, entre ellas, y se insultan, y se juzgan, y se dejan consumir por el salitre y la calima, descoloridas, impregnando de ocre la verdura del paisaje.

De mis ojos lloro sobre el camino que atrás, lejano, me reclama: y te veo lívida sobre la almohada, sollozando, destrozada, por la presión que hoy noto en tus verdades, la otredad de tus pupilas, vaciadas, y esa risa, y esa boca, y esa nada. Y te escribo, amor mío, te escribo para salvarte los oídos de sus gritos, del necio que no lee, que no viaja, que no mira, que no escucha, que no quiere comprender lo que te pasa.

Ahora que sobre nosotros vuelan las aletas espumosas de los peces, y se acarician tu pelo y mis costillas, y hago de ti paz, guerra, flor y piedra, ahora que se cierra el iris de tu espejo, que húmedos tus labios me retienen, ahora que estamos fuera de los focos de esa gente, y que tú, que estás cansada del verano, te vuelves transparente y te fundes en el océano que me revuelve, amor, ahora que todo es inalcanzable, que de tu garganta no salen los quejidos: amémonos hasta la muerte, que acecha el veneno de la sierpe social que te consume.

Ahora que es cuando más te necesito, tu risa, la estantería, el café frío, la noche que devuelve a la rutina: la sabia anciana que habla de muerte, que habla de vida, que habla de amor. Ahora es cuando me dejas, huérfano de ti, entre seísmos de mieles pasajeras.

Suspiro Ø

Martes, 7 de la tarde

Héctor, ¿cómo estás? Me acaban de llamar de la editorial, que te has pasado por allí algo nervioso, ¿ha pasado algo? Llámame cuando escuches esto, podríamos ir a cenar para charlar tranquilamente.

Martes, 8 de la tarde

Héctor, es la quinta vez que te llamo esta tarde. En la editorial me dicen que te fuiste sin decir a dónde y Lucía te vio corriendo calle abajo, ¿a dónde ibas? ¿No irías de nuevo allí, verdad? Porque entonces ya sabes lo que pienso de ese tema. Contéstame, por favor, en cuanto escuches este mensaje contéstame.

Martes, 8:37 de la tarde

¡Ay, Héctor! De verdad, es como hablar con una maldita pared, ¡joder! Estoy delante de tu casa, ¿se puede saber qué cojones estás haciendo? ¡Cógeme el maldito teléfono de una vez! No me respondes a los mensajes y estoy empezando a preocuparme y hartarme de tener que estar detrás de ti a todas horas, preocupada de si entras o sales o si te sigue dando por esas ideas esquizofrénicas y estás en peligro, como si a nadie le importase, ¿y sabes qué?, como sigas así te vas a quedar solo de verdad porque no soporto tu falta de consideración, que voy a tener que pagarme un psicólogo porque la angustia me envenena, de verdad, te crees el maldito ombligo del universo y siento, siento muchísimo decirte que NO LO ERES, y que tengo cosas mejores que hacer que estar detrás de tu puto culo.

Martes, 10:30 de la noche

Héctor, siento mucho, mucho lo de antes. Me alteré, lo sé, pero es que… (se escuchan sollozos a través del telefonillo), *es que… Creo que ya sé lo que te pasó, ¿es por el titular del periódico? Ya te he dicho mil veces que no les hagas ni caso, y piensa que en cierto modo te beneficia, ¿no? Todo el mundo quiere asistir a las representaciones de un escritor loco, en plan* El resplandor*, o algo así. Bueno, está bien, es una estupidez, pero llámame al oír esto, o déjame un mensaje, o yo qué sé, señales de humo, palomas mensajeras, ¡no hay excusas, Héctor! Por favor…*

—¿Laura? —voces eufóricas y desgarradas al otro lado del micrófono— Sí, estoy bien, ¿puedes venir a cenar? Tengo algo que enseñarte.

Suspiro I

Vestida de escarlata, parece espolvorear el sabor amargo de sus ríos vitales sobre el parqué en el que se esparcen las vaporosas gasas de su fino vestido. Ríe amargamente bajo la luz melodramática del acetileno, y le sostiene la cabeza con las manos, llenas de inseguridades mudas: susurra su nombre entrecortadamente, expiran los poros de su tez

y, como fruto de una ensoñación, se vierten los párpados sobre las pupilas y queda convertida en un soneto. Lívida. Casi inerte.

La música amortiguó el golpe de su cuerpo sobre el suelo que, como sacado de un oasis, parecía tallado por las manos angelicales del maligno. La música calla. Abajo telón.

—¿Quién era ella? Es fascinante —pregunté al hombre sentado a mi derecha mientras nuestras cabezas se sumergían en un mar de aplausos.

—Oh, una gran actriz, ¿verdad?— asentí ensimismado y volví la cabeza al escenario, contemplando cómo aquel telón, que más parecía un pedazo del paraíso, comenzaba su carrera de ascenso: el momento cumbre de la pieza tomaba el gran salón. Euforia asonante entre los asistentes.

—Esa mujer — le dije, señalándola. El hombre me miró con ojos interrogativos y me dio una palmada en la espalda a modo de respuesta. Volví a girarme hacia la escena y recorrí con pupilas agitadas cada recoveco: sin embargo, ella había desaparecido y, en su lugar, un tumulto de nerviosas manos se golpeaban unas con otras, vitoreando con entusiasmo al esqueleto inerte de aquella bella mujer.

Antes de que pudiese perder la oportunidad de conocerla, decidí levantarme y salir corriendo de la platea. Una corpulenta señorona que vestía un curioso tocado de plumas me fusiló con la mirada al pisarle la punta de su zapato de charol, máximo representante de su significación y rancio abolengo. El hombre que tenía a su lado alargó la mano con el fin de sujetarme la muñeca y que me re-disculpase con su virtuosa esposa, pero aproveché el cruce de una de las acomodadoras para escabullirme y seguir corriendo hacia la salida: ¡libertad pirata!, pensé para mí, ¡libertad, pirata, una sirena me llama, viento a estribor!

Las puertas no estaban abiertas aún. Esto que estoy haciendo es una santa estupidez. Solo era una actriz más, como tantas otras que veo diariamente en las pruebas de acceso a los montajes. Solo un papel más, entre todos los otros roles desempeñados por muchos otros artistas: otro cuerpo y otra mente moldeados por algún pretendido dramaturgo.

Pero qué estoy diciendo, si él me escuchase… Al fin, un acomodador me cedió el paso entre las grandes hojas de las que se componía el portalón y puse un pie en las

húmedas baldosas, bajo la lluvia vaporosa del invierno: estábamos yo, el frío, las farolas, la lluvia. Mi memoria.

La primera vez que visité aquellos cimientos, aquella maravilla arquitectónica, aquel templo que era para mí culto, religión, *sectacidad*, tenía seis años y poca visión de futuro. Poca, pero no nula. Cuando eres niño cualquier factor sorpresa, cualquier elemento (por ínfimo que sea) sospechoso, diferente o extraviado, te envuelve en una fascinación tal que puede resultar altamente peligroso para tu estado de salud mental. Pueden ustedes imaginarse la configuración del rostro de un niño de seis años que es llevado de la mano de su abuela a un lugar tan maravilloso (tanto o más que el Nuevo Mundo: lo nunca visto), pueden ustedes imaginarse el sudor en mis manos, los espejos del ser abiertos como dos puertas por las que absorber todos y cada uno de los movimientos de aquel gnomo que saltaba a unos pocos metros de mí, al lado de un gato parlante, y las tardes que me pasé después martirizando a mi felina mascona, pregunta aquí, golosina allá, dime lo que has hecho esta mañana, ¿sabes tu nombre?, no entiendo por qué nunca me dices nada.

No dejé de ir al teatro desde entonces. Y no solo eso: no dejé, jamás, de aprender del teatro y aprehender con él. Estudié *por* y *para* el drama, crecí *por* y *para* el drama: así, paso a paso, hasta convertirme en lo que soy hoy:

Un completo desgraciado.

No soy consciente de la cantidad de tiempo que estuve esperando a que ella apareciese de entre el frío, las farolas, la lluvia. El minutero recitaba un pareado deformado. Los murmullos del público se convirtieron en susurros lejanos cuando, dado algún milagro de la naturaleza, comenzó a nevar: a tan solo trescientos metros del océano.

Entonces, la vi: y la impresión fue tal como viajar en tren y quedarse dormido leyendo una obra de teatro.

Un abrigo de piel cubría su cuerpo mientras sonreía a sus compañeros de espectáculo con aquellos labios perfilados por Rosetti. Un sombrerito de fieltro sobre las ondas de su cabellera roja la protegía de los copos que se posaban, como mariposas, sobre su prodigiosa cabeza.

Me miró, por un instante, con ojos desconocidos, y se quedó quieta allí, sin mover un solo centímetro de su pálida piel. De su bella cintura.

—¡Éxito!— reían a sus espaldas.

—¿No te vienes a celebrarlo, Helenita de mi alma?

—¡Despampanante *femme fatale*! Hay que ver cómo te aplaudían para creerlo. ¡Y cómo te silbaban! Los hombres de hoy en día son unos descarados.

—Los hombres de hoy en día son unos cerdos— susurró ella.

—¿Te vienes o no? —cuidadosamente, comencé a echar raíces frente al cartel de estreno de la obra, húmedo bajo el cristal, mientras escuchaba.

—Voy a ir al hotel. Me siento… cansada.

Sentí cómo las pisadas del resto del reparto se alejaban a lo largo de la dramática calle, y una presencia amena se instaló a mi derecha, clavando los ojos en el trozo de papel que inspeccionaba meticulosamente.

—¿Usted es el señor Vetusta?

Me giré, pasmado.

—Yo… eh, sí. Vetusta, Héctor Vetusta.

—El director— sonrió.

—Sí sí sí.

—¿Le ha gustado la representación? —susurró, y no pude contestar— ¿No la ha visto?

—Sí sí sí.

—Vaya, es curioso cuanto menos que uno de los más reconocidos dramaturgos a nivel internacional no sepa expresarse más que con monosílabos tripitidos.

—Sí sí sí. Esto, quiero decir, enhorabuena… por la actuación, ha sido… ha sido realmente fascinante.

—Es usted muy amable. Lo cierto es que me siento muy cómoda en el personaje.

—Se la ve cómoda: hay *personae* que nos quitan el aliento.

—Y el alma —bromeó, sacando un cigarro de su cartera— ¿quiere?

—No fumo, gracias. Así que… ¿este es su debut como actriz?

—Bueno, no es mi primera vez, pero sí en la que más ruido he hecho.

—Ruido, ¡vaya!

—¿Le gustaría que nos tomásemos un café y hablásemos, un rato, de dramas y comedias?

La llevé al Lord Byron y nos sentamos en la zona trasera del local: el ambiente era festivo y acogedor. Helena parecía suspendida sobre el asiento y su elocuencia, envidiable, me elevaba a mí.

—Esa fue la primera vez que me subí al escenario, y mi motivación (e impresión) fue absolutamente la contraria a la que todos los actores dicen sentir: eso de que te ayuda a comprender a los demás es una cristiana estupidez. Queda poético, pero no es así, son todos unos egoístas y no quieren reconocerlo.

—¿Cuál fue su motivación?

—Mi motivación para actuar fui yo misma. Durante mi adolescencia pasé períodos realmente tormentosos intentando entender mis embestidas internas: era el huracán dentro del huracán. Un día, por capricho, en fin, por quitarle el papel a un engendro humano que se dedicaba a las olimpiadas irrisorias en el centro en que estudiaba, me apunté a las audiciones de teatro y conseguí el papel protagonista: fue saltar al trampolín y caer de lleno en el mar de la victoria.

»Pero yo no quería el papel, yo solo quería joderla a ella (perdón por la expresión). La primera vez que leí el libreto me eché a llorar. La protagonista era como yo: era mi propio ser hecho obra de arte: era un personaje constituido de piezas rotas, cosidas a mano a veces, con amor, con paciencia… otras fríamente a máquina de pedal. Era yo hecha muñeca de trapo: todo aquello que me atormentaba, todo lo que amaba y se encontraba en mi horizonte vital, todo lo puse en claro tomando al personaje y amándolo como nunca amé en mi vida a ningún ser humano.

—Eternamente atados a algo que no existe.

La miré, y sentí cómo el mundo se derrumbaba a mi alrededor.

Suspiro II

Sentada en las incómodas tablas de madera, mecida por el contoneo de aquel monstruo de metal, me sorprendió una mujer que leía una obra de teatro.

Siempre he tenido la fea costumbre de ojear, disimuladamente, las obras que otras personas leen en lugares cotidianos: paradas de tren, bancos en el parque o escaleras a la entrada de ningún lugar, parajes que se cruzan en el seno de las casualidades, el Romanticismo hecho manía. Me senté junto a ella para identificar de quién era la pluma que se regodeaba entre sus manos, en pleno éxtasis:

—¿Le gusta a usted Shakespeare?— me miró con sobresalto y entornó sus pupilas acompañándolas de un suave gesto con los labios.

—¿No es delito capital no hacerlo?

Sonreí, y no dijimos más a lo largo del camino.

La vida está construida sobre ríos latentes bajo el asfalto o la tierra: caminamos sobre ellos como pasajeros de trenes, como transeúntes, los sobrevolamos, y en cada punto podemos encontrar algo que sabemos nos ofrece seguridad, tranquilidad o, al menos, paz: una voz blanca como las palomas, un libro a medio terminar, la última hoja de su libreta, el silencio. Aquel silencio sabía a tarta de manzana. Pura discordia cardíaca, pura consonancia melódica.

Al bajar del tren, los rayos del sol pintaron ante nosotros un cuadro de pinceladas gruesas y rumores abstractos: su risa, perfectamente medida, presumiblemente estructurada, sonreía a la inflexión tonal que nos acompañaba, de la mano: nos guiaba hacia un mundo si no mejor, al menos diferente.

Aún hoy, en las tardes de verano, la cabellera de aquel astro repentina en mi memoria los perfumes de un pasado tiempo, y libera un ejército independentista que en mis costillas creó la hermosa sensación del querer, de forma incondicional, por encima de todo pronóstico.

—¿Vienes a hacer algo en concreto a la ciudad?

—Voy a ir a ver *Romeo y Julieta*.

—¡Oh, preciosa historia de amor! Dicen que la más bella jamás contada.

—Pero no es original.

—¿Ah, no?

—No. Es más: la odio.

—¿Y por qué la vas a ver?

—Esnobismo —susurró, prendió un cigarro y me lo tendió, besándonos a través de su mortífero filtro.

Amaranta, que así se llamaba, era una amante incondicional de testarlo todo en lo que a arte se refiere: pintaba, bailaba ballet, cantaba y tocaba el piano, y era experta en sentarse erguida, mirada perdida en el horizonte, sobre las butacas del teatro, y fingir su superioridad intelectual (que la tenía, por mucha comedia que pretendiese escribir) haciendo ostensión de una belleza que ni tan siquiera cabía en el libreto del dramaturgo.

Cuando mi vista ancla su nave en el ayer, y le cuento a quienes me aman que yo amé, una vez, al amor de mi vida, me hablan de fantasmas que no existen, pintan en Amaranta una sensación difusa, y me dicen que de amar, al menos, tiempo habría tardado, pues las cosas bien hechas se van tejiendo con la rodadura de los años, y que con la erosión del viento en la caliza se moldea, dulcemente, nuestra vida.

—Érase una vez el arte. Nació de las manos de un orfebre sobre una montaña nevada, cayó en cascada sobre la ladera, eclosionó. Surgió de la pluma de un escribano, se derramó por el códice del clérigo, se construyó en el mármol. Se realizó en alófonos.

»Érase una vez un cuarto de tres paredes, abierto al aire libre, cerrado quizás, érase una vez el arte y un demiurgo que con hilos manejó la trama imposible de sus pensamientos, y coloreó en las pupilas expectantes de quienes se quedaron a mirar mares, y batallas, y amores prohibidos, estaciones y tiempos perdidos, entre la multitud.

»Amaranta, dicen del arte que es un bien infinito, que vino al mundo para reflejar lo que somos, para perdurar en el tiempo la memoria creadora. Dicen del arte que se compone del mismo material en que están formadas las amapolas, los lirios, las ninfas de los ríos, tus labios… Amaranta. Quería que supieras que, en ciertas y premeditadas ocasiones, el arte *se hace* de amor, y que desde mi humilde escritorio te miro, a veces, y me entran ganas de llorar óleo de los ojos: que a veces me dejaste hecho de aguarrás, vertido sobre la tela, y aun así siempre te quise toda.

»Quisiera pedirte perdón por desnudarte de esta manera ante los ojos ignorantes de los demás: no soy el único, créeme, que se ha dejado llevar por el impulso pasional del cuerpo natural que nos envuelve. Pero yo, Amaranta, prometo entender siempre que tu

realidad supera ficciones, abstracciones, cuadros, cuentos, plumas manchadas en tinta, y que jamás podrán las manos del artista imitar tu risa ni tus sueños.

»Cásate conmigo, y serás libre como si de vanguardia se tratase.

Y Amaranta calla, se muerde los labios y se desliza, suavemente, sobre su espalda. Sostiene con sus manos una taza de porcelana blanca, desgastada por el tiempo. Escucho su respirar intranquilo y siento que de sus ojos se derraman, como cascadas plenas de tempestad e ímpetu, todos los males que me acechan.

Me levanto con pasos asonantes, posiciono mi figura junto a la suya y me dejo caer, bruscamente: la taza, ligera, da un salto entre sus manos.

—¿No quieres casarte conmigo? —Silencio— La vas a llenar de penas —susurro, señalando el recipiente que aún sostiene con sus delicados dedos de esfinge.

—La voy a llenar de agua salada.

Como el mar. Como las olas que aquella tarde, una tras de otra, hicieron revolver nuestras ropas y convirtieron el devenir en un suspiro de paz y calor ameno.

Amaranta. Amaranta tenía nombre de realismo mágico. Era bella como los cipreses que lloran sobre el río en primavera: era el fuego de los troncos y la ceniza de los muertos. Ella me enseñó lo que era el verdadero amor, y yo me creí todo lo que aprendimos juntos a lo largo de aquellos maravillosos años en los que nunca llegamos a nada, pero lo alcanzamos todo (*in medias res*).

Amaranta me miraba siempre desde la estética deformada de sus ángulos, me hacía partícipe de sus querellas, pintaba sobre mí y para mí, y a veces bailaba sola, o se quedaba quieta, muy quieta, y desaparecía.

Amaranta fue, y es (y siempre será, en fin), mi primer amor.

Pasó un lapso de tres estaciones desde entonces. Me casé con Amaranta: la ceremonia, dramática como sus ojos, fue un encuentro exuberante en un caserón del centro de la ciudad con escudo medieval a la entrada y un amplio y luminoso corredor.

Los dulces, majestuosas obras de arte, recreaban escenas de mitos, leyendas y cuentos de hadas, y sobre aquella torre de diez pisos, Amaranta besaba la rosa confitada de mis labios.

Recuerdo con cariño la decoración de la sala: amplios cortinones de terciopelo rojizo y sillas que imitaban los tallados que adornaban los palcos del teatro de la villa. En el centro de cada mesa explosionaban lirios y azucenas que, según los mirases, reían o lloraban, incluso, al mismo tiempo.

Amaranta, ninfa entre aquella recreación del País de las Maravillas, vestía un hermoso encaje que dejaba al descubierto su espalda. La falda caía en cascada sobre el verde césped de caramelo, con matices cerúleos en la tela satinada que recreaban el traje confeccionado por Madrazo.

Y pasó el tiempo.

Compramos una casa en la misma calle en la que estaba el caserón en que nos casamos, del mismo color en que se había teñido su vestido, y colgamos de las ventanas grandes cortinajes de color blanco, que se agitaban con el viento y estremecían la albar y fina piel de mi querida Amaranta.

—Feliz aniversario— me dijo, tendiéndome un sobre lacrado.

—Amaranta, no era necesario que…

—¡Ábrelo! No seas cascarrabias.

—Yo…

Me guiñó un ojo y salió de la habitación a buscar no-sé-qué-cosa. Dentro del sobre se podía entrever el reverso abrillantado de un trozo de papel duro: dos entradas para el teatro.

Tengo la fea costumbre de sentarme al lado de lectores perdidos en mitad de la rutina y ojear, de forma casual e inesperada, la portada de los libros que recrean en su mente. Aquel día no abandoné aquella fea costumbre y me senté al lado de Amaranta, y me casé con ella, convirtiendo aquella fea costumbre en una bella decisión.

Hoy, que echo la mirada atrás como un inocente, me doy cuenta con pesimismo de que los hábitos pueden, a veces, dejar de sumergirse en la cotidianidad de la tarde y pasar a formar parte de algún punto de inflexión en nuestra vida. Y así como mi rutinaria existencia convirtió su crisálida en mariposa debido a una de mis feas costumbres, un día aquella mariposa dejó de volar por el mismo motivo… me pareció escuchar el llanto de su crisálida, marchita, a años luz de distancia.

Y es que el día en que Amaranta murió yo no estaba allí, sujetándole la cabeza. Había embarcado en la fragata de una esfera paralela plena de melancolías embotelladas en anís y orujo barato.

Aquella mañana de marzo, aquella mañana en que Amaranta expiró definitiva, no fue una mañana real. La ventana, color marfil, deslumbrada por el sol, agonizaba a girones de miel amarillenta sobre las baldas de cerezo que escalaban las paredes. Allí, la jarra de cristal había convertido el agua en hielo, y sudaba tras la dura noche melancolía azul y recuerdos viejos.

Las paredes, llenas de fotografías, estaban hoy vacías de encanto y absortas en la muerte lenta y dolorosa de aquella sonrisa en blanco y negro que las sostenía pegadas a una pared hoy gris ceniza, ayer perla de océanos de amor.

La lámpara se había fundido, como se había fundido tantas otras veces, tantos otros filamentos de cobre ardiendo bajo la presión eléctrica de mis nerviosos dedos.

Salí a la calle a respirar: el jardín estaba cubierto de rocío y me cegaba. Aquel rocío no era lluvia sino agua de mar. Era sueños de barcos de papel ahogados en la mitad de un océano plano. Tan plano, que podría caminar sobre él y llegar a la otra orilla… aquella mañana.

Helena callaba como si fuera música sobre silencios. Como si fuera poesía de blancos construida. Helena callaba como todos callan cuando hablas de la *muerte*, ser exótico y prohibido, así como todos callan cuando hablas de la vida, de todos poseída y por todos añorada, así como todos callan cuando hablas del amor, que tantas veces nos ha robado unos segundos de sueño junto a esa fiel amante (¡cuánta sensualidad, bendita y blanca!), de nombre de pila *Selene*. Entonces, dijo:

—¿Falleció?

Y se estableció entre nosotros ese diálogo no verbal en el que explicitas la evidente y temida afirmación. Esa lucha constante por salir a una superficie que no te ahogue en un momento de pudor social, aquello que *se supone* debemos hacer cuando atisbamos en los ojos de nuestros iguales un remordimiento, una añoranza, un pecado: preguntar, debemos preguntar, así como Dios nos ha creado, curiosos e inocentes, rastreros, osados, incómodos. Debemos preguntar y medir, con martillo y cincel, las delicadas dolorosas palabras que, sin malas intenciones, convierten la mente ajena en pesadilla.

Suspiro III

Mantuve la mirada en su rostro, expectante, desde el otro lado de la mesa: mis ojos no se separaban de sus empañadas pupilas. Algo me hizo pensar, en aquel preciso instante, en los hombres derrotados (y derrocados) de los cuadros de Munch... Sonrió pálidamente y susurró con un grito:

—Es agua pasada. Puedes contactar conmigo en la dirección de mi tarjeta, ten. Cuando te hayas decidido, llámame.

Aquel hombre se marchó sin decir nada. Me dejó con el silencio en los labios, al borde del abismo sepulcral que empezaba a reinar en el local: sonido de copas entrechocándose, rumor de televisor viejo, olor a alcohol y tortilla enfriándose en la barra, tras el cristal, y un camarero que cuenta las propinas y alguien que abre la puerta y se va cuan larga y ancha que la calle es, en busca de un lugar en el que cobijarse. Debería volver al hotel, cogí mi abrigo y salí.

Me llamo Helena. Tengo veinticinco años, un par de zapatos y toda la vida por delante. No destruyo civilizaciones, no seré la chispa de una guerra ni el fruto de la discordia, pero tengo el poder de la transformación, del espacio: soy camaleónica. Hay en mí un movimiento reprimido —repentino—, mil caras contrariadas y otros tantos repertorios que hablan de felicidad y de tristeza, de barbarie y armonía: me moldeo a algo que no entiendo, y es como si de unos hilos pendiese mi capacidad de desenvolverme entre la gente. Voy poniendo, uno detrás de otro, mis pies sobre las baldosas, escuchando su eco: por un segundo pensé que podría dejar huella en este mundo, como fósiles sobre el asfalto.

Siento la necesidad de ostentar, con orgullo, el prejuicio que los compañeros de mi compañía rotularon en mis rizos: «*femme fatale*» le dicen a Helenita. Así pues, portadora de tal condecoración, me gusta creer que a mi paso se giran estas ratas con las que convivo, y les da por envolverse en mi fragante perfume, que medidamente aplico sobre mi piel cada mañana, segura de mi triunfo callejero.

Claro que, dada la situación, extraño no es que tantos otros escupan mi sombra, y la pisoteen, y que se envenenen con su propia lengua: tercos, necios, bárbaros tal vez —quién sabe lo que uno se puede encontrar en este alcantarillado de cinco estrellas al que tenemos el gusto de llamar *Mundo*—.

Mientras tanto (entre murmullo de injurias y necedades) enciendo el extremo de mi cigarrillo, sonrío, y me esfumo en la humarada turbulenta de mi risa: maléfica como en un cuento de hadas.

Sé lo que estáis pensando y no seré menos para contároslo ya que de sinceramientos y sandeces va este discurso: obviamente yo también odio, y con ganas, que a veces me da miedo matar a alguien con mis pensamientos (que no hablo de arrepentimientos, ojo, pero esa inquina algo malo me traería por delante, digo yo, que humana soy hasta donde creo).

Entre muchas cuestiones que detesto (personajes tardones, mentirosos, engreídos y ricos subnormales), padezco una especial tirria hacia la gente enciclopédica que necesita constantemente hacer ostensión de sus saberes y riqueza intelectual: de los que te dicen que no, que eso no es así porque en tal libro que se leyó (en no sé qué idioma recóndito de la amazonia más profunda) dice lo contrario, y que no, que no es así, que la fuente libresca ahí lo luce, con ribetes de oro y palabrería barata, ¿no?

Desde que me topé por el mundo con especie semejante decidí nutrirme como se nutren los animales para sobrevivir a la selección natural: leo día y noche, estudio ciencias naturales y ciencias humanas. Así, cuando con alguno de ellos me encuentro, saco la artillería y desplazo su atención, y me quedo con su cara escéptica, tomo una calada más, cito a Baudelaire: creo una correlación pensamiento-cuerpo físico. Apago el arma mortífera manchada de carmín y orgullo, giro sobre mis talones, desaparezco.

Me llamo Helena. Tengo veinticinco años y toda la vida por delante (si es que esta maldad no me carcome viva las entrañas).

Llegué a la habitación y me quité el vestido suavemente, dejándolo caer sobre mis pies desnudos. Abrí la ventana de par en par y me permití el placer vital de la inmersión del cuerpo en la cálida luz de las farolas.

—¿Cómo estás, Selene?—susurré mientras buscaba una camisa de seda y me alborotaba el cabello.

A veces me canso de ser yo. A veces me canso de ser yo y bailo. Bailo. A veces bailo cuando me canso de ser yo. Pienso mucho en las tablas negras, pienso mucho en la decisión de despojarme de mí misma para siempre. Me he vuelto loca un par de veces, un

par de personajes que me devoraron. Pero fui más fuerte: más fuerte que mi aborrecimiento constante hacia mí misma.

Más fuerte que el abismo social en el que vivo.

Ahora me gusta vivir el momento en el que estoy: ni un segundero adelante ni uno atrás. Hecho raíces en los espacios como un gusano de seda teje su crisálida, lejos de la intemperie y del ruido, del frío, el ladrido nocturno, los hombres. Me gusta vivir el presente áspero de la moqueta de lana oriental que ahora piso. Me rodeo de lujos que detesto.

Me rodeo de ridiculeces para sentirme ridícula y no olvidarme nunca de quién soy.

—¿Qué opinas del loco ese, Selene? —silencio, suspiro de caracola en la marea del horizonte que, desde la abalconada estancia, se diluye— Creo ante todo que es una buena persona. Uno de esos escritores ricos pero baratos, enamorados de su mujer trágicamente muerta bajo el influjo del caprichoso y cruel destino. Vivir para ella nunca será suficiente, ¿verdad, Selene? Otra historia de amor embellecida por un cuerpo frío que se arroja contra el averno, que acaba feliz porque la amada muere y entonces ya no hay tiempo para joderlo todo. Pero, ¡no! Sí que hay tiempo, infinito tiempo para sentirse el amante eternamente culpable, errante de azar, ahogado en la agonía. —Silencio— Sandeces.

Me erguí sobre la punta de mis pies y cogí una libreta que posaba sobre la cómoda del cuarto, terminando el movimiento en forma de espiral y cayendo, placenteramente, sobre las almohadas del lecho.

—Seguro que tiene un gato, ¿verdad, Selene? Verdad que sí.

La claridad celestial nubla la calima imaginaria que entre mis precipicios empieza a resurgir: hace frío de repente. Entre los folios rotos de mi cuaderno siento que alguien me susurra:

Día uno. Mar adentro. Día dos. Alunizaje. Día tres. Nuevo mundo.

Selene se había dormido para siempre.

Suspiro IV

Si de algo soy fanático es de la escritura nocturna y de sus ventajosos inconvenientes: el primero, que estás demasiado cansado para ponerte a repasar lo escrito

y cometes mil y un errores. El segundo, que la mano vuela sola y no pregunta hacia dónde debe manejar los asuntos de la memoria, el tiempo y la estupidez marciana.

Lunes al despuntar de los relojes, abro la puerta blanca de la casa y entro: los muebles de deshacen en girones de oro y hadas danzantes.

—Hombre, pero si es el inigualable, el irrepetible, el… ¿cómo te llamabas?

—No empecemos, Laura.

—Claro que no. ¿Has escrito algo o sigues dando tumbos en tus pesadillas melodramáticas?

—Digamos que he encontrado lo que buscaba.

—¿Y qué vas a hacer, un óleo o una acuarela?

—Un retrato expresionista.

—Imbécil —contesta mientras se acerca a los labios una taza de café humeante—. ¿Te he contado que este me ha pedido matrimonio?

—Hay que tenerlos bien puestos.

—En fin, le miré y le dije: cierra la puerta cuando salgas, tengo que terminar de escribir dos artículos para final de mes y quiero silencio absoluto.

—Podrías ser un poco más delicada.

—Podría, pero odio la burocracia, ya es suficiente que tengamos que casarnos con nuestras obras como para que encima el amor se nos vista de contrato.

Laura se sienta en uno de los sillones y posa la taza de café que llevaba entre las manos, mirando fijamente hacia las cuartillas de papel pulcramente doblado que sostengo entre los dedos.

—¿Un borrador?

—Ni siquiera.

—¿Se parece a ella?

—¿Cómo?

—A Amaranta.

Como dos gotas de agua que caen sobre mi vaso y se convierten en barcos de aceite a la deriva. Como mi otra vida. Como ella, amena, sobre las olas del colchón, leyendo un libro absurdo, pasando páginas, ojeando el periódico, cambiando de sintonía la radio, filosofando.

Como una escena de teatro, una luz septentrional, azulada, lluviosa. Empapada se levanta mi amada en su recuerdo: Elena y Amaranta.

Dos soles en un callejón sin salida.

—¿Y se lo has dicho?

—Le he hablado de ella, pero nada más.

—Y tampoco le has dicho que la obra ya está escrita.

—Porque no lo está.

Laura se levanta y me tira el café por la cara. Tengo que reconocer que no es la mujer más agradable que conozco, pero sí la única que sabe lidiar con mis asperezas, la única capaz de tomarme la mano con determinación y dejarme guiar por los laberintos infinitos de mis pesadillas.

Con ella comencé mi labor como escritor *reconocido*, a las alas de su voz le debo todo. Y su alma de mujer y de amor grato. No han sido pocas las veces que ha vertido su merienda sobre mi rostro escéptico, y solo espero que el ciclo nunca se cierre: ya he perdido demasiado en esta vida.

Laura es desmesuradamente independiente como para atarse a los parámetros de la sociedad en que vivimos. Ni siquiera hay tiempo en el momento en el que escribo y ella ya está más allá de mis pensamientos ojeando con cara de asco lo que mi tinta escupe. No se casa con nadie pero no quiere decir que ella no ame como ninguna otra, sin desmerecer a nadie en su labor amorística.

Nunca, jamás, dudaría en afirmar, y re-afirmar, que es la hermana que nunca tuve y que siempre deseé: incluso me alumbró cuando no estaba, proyectando la luz de la luna sobre el cristal que encierra mi conciencia.

—¿Y esas cuartillas, entonces, qué son?

—El borrador.

—Vete a lavarte esa cara, que das pena, mientras ojeo esto.

Me arrebató de un plumazo los trozos de papel y se volvió a sentar.

—Voy a leer en alto para que te autocorrijas mientras tanto.

—Pero es la versión definitiva.

—Nada más definitivo que el arte —declara—. Menos mal que era un borrador.

Entro en el baño y dejo que el agua caliente disuelva los restos pegajosos y azucarados del café. Desde fuera, una voz en off:

—*Se abre el telón*. Menuda mierda de principio para una obra de teatro.

Entro y la miro, explícitamente ofendido. En sus pupilas veo el reflejo de mí mismo:

—Mejor *comienza la vida en la sala.*

—¡Cuánto vanguardismo! — ríe ante la respuesta y calla, acariciando con su mirada cada una de las piezas que componen aquel cuadro.

—*Y es que el lamento por la muerte está sutilmente creado para el que vive y mira, desde la otra orilla de este río al que llamamos* salvación*, mientras se retuerce en la agonía de no poder salvar aquello que atrás deja, cruelmente, y se lamenta en la incógnita latente en cualquier punto cardinal de este mundano planeta: lo que hay después de la vida, lo que le precede a la muerte.*

Silencio.

Suspiro V

Cuatro meses después envié mis señas a su dirección y esperé paciente la llegada del manuscrito de la obra. Los rumores que circulaban de bastidor en bastidor presumían de haber visto a Vetusta entrando en el registro de propiedad intelectual con unos cuantos folios y una sonrisa cansada estampada en la cara.

La obra no llegó nunca a su destino, siendo sustituida por un sobre lacrado y unas escuetas palabras que decían:

Helena,

El tiempo se pierde con una facilidad vertiginosa. Leyendo esto, nos vemos en tres días en la puerta del teatro: va a ser un fin de semana intenso.

V.

Mi primera reacción fue deshacerme de la misiva, abrir los armarios y llevármelo todo hasta mi destino. Lo cierto es que era una oportunidad profesional ensordecedora, a pesar de lo comercial y antipática que me resultaba la obra de Vetusta: había ganado tantos premios que se había vuelto vulgar, y su nombre se metía en cualquier boca, sin escrúpulos ni miramientos. Maldita sea, qué asco.

Llegué a la mañana del día siguiente, encontrándome el teatro abierto y los engranajes en pleno éxtasis.

—¿Está por aquí el director?— pregunté a uno de los técnicos que fumaba fuera del recinto.

—¿Es usted Helena Bahía?—asentí y estreché su mano a modo de saludo— Vetusta está dentro revisando el guion. Puedes pasar: escaleras de madera arriba a la derecha.

—Gracias.

Los lugares se hacen con el tiritar de las campanas que anuncian los alfileres del cosmos, se impregnan de perfumes que hablan por y para ellos, se fragmentan en pensamiento figurado, de una mente a otra se deforman, cambian la intensidad lumínica que los moldea, del salitre se hace la vainilla en su regazo… aquel día, el teatro se regodeaba en un aroma denso, mezcla del calor de los focos, la humedad del ambiente y la madera negra escarchada en la fina y tostada piel. Las escaleras que subían a los camerinos me empujaban a deshacer, paso por paso, las suelas de los zapatos de tantos otros artistas que me precedieron. Yo no sería más que la realización debilitada de sus absolutos.

No sería más que gramática universal.

Siempre he pensado que somos piezas sueltas de un mismo cosmos que intentamos ordenar de una forma u otra: ya sea a través de datos objetivos o subjetivos, de ciencia o de pseudociencia. El caos que ante nosotros se despliega y que nos acoge, como única naturaleza primigenia, es rechazado por nuestros instintos más básicos: la

reacción inicial es desgarrarse desesperadamente ante la incomprensión. El segundo paso, la divinización del hombre.

He conocido a millares de artistas (desde los plásticos hasta los portadores de plumas exóticas) cuya única meta en la vida es la de crear, *ex nihilo,* un mundo en que todos les «laman el culo», y no pienso disculparme por una aliteración tan necesaria como esta.

Vetusta era otro de esos artistas que, además de crear, buscaban devolver a la vida aquello que habían perdido: otro padre de otro moderno Prometeo… ¡pero qué impresión me llevé, avergonzada de mis propias reflexiones!

El texto que aquella tarde me tendió, me regaló, me pintó sobre el cuerpo y el alma, fue uno de los personajes más hermosos en los que jamás me pude fundir, y también el más impostado y exigente. Muy a mi pesar debo decir que jamás me sentí tan cómoda en una piel ajena.

—Bien, se trata de un monólogo—explicó, mientras anotaba palabras sueltas sobre uno de los folios del guion—. Debería durar, aproximadamente, una hora y media. Es un discurso sobre uno de los temas universales de la literatura: la muerte.

—La muerte.

—Sí, la muerte. El decorado es sencillo: lo vi una vez en una obra que se llamaba algo así como *Plaza de Diamante*, y me pareció idóneo para la ocasión, aunque modificándolo un poco —se detiene en una parte del texto—. *Día treinta de abril a altas horas de la madrugada. Una silla en el centro de la escena se regodea bajo una suerte de resplandor azul. Poco a poco, las luces blancas colgadas del árbol, hasta ahora invisible, colocado a la izquierda de la silla realzan el contraste lumínico.*

—¿Se ambienta en época festiva?

Levanta la mirada y hace de mí, por unos segundos, un cuerpo sin vida.

—Disculpa.

—O se trabaja o no se trabaja —escupe mientras me tiende el guion—. Tienes dos días para estudiártelo. Mañana empezaremos a marcar movimientos en la escena, simplemente, para ir orientando la iluminación y el atrezo. Tu camerino está al fondo del

pasillo, número 30, con todo lo que necesitas de vestuario, maquillaje, y demás aditamentos ornamentales para la ocasión.

Silencio.

—¿Entendido?

Entendido.

Suspiro VI

Siempre he pensado que a la orilla del mar los sentimientos dramáticos se agudizan. Es por eso que estoy a la orilla del mar ahora mismo. Porque quiero escribir una tragedia: mal se lava uno la cara con lágrimas llorando.

Las tragedias se forjan y construyen sobre hechos de trascendencia espiritual, política, ética, social… en fin. Eso haré, si es que usted me concede generosas vueltas de minutero, sin presionar demasiado mi pluma, invitándola a bailar sobre sí misma: deme el permiso de ensuciar mi memoria con los juegos que me da por hacer, de vez en cuando, con esta arma a la que llamamos *littera pura*.

Las tragedias genéticamente rezuman deidad o heroicidad, algo que queda difuminado en el momento en que nos damos cuenta de que cada uno tiene su dios y su héroe, y que no siempre valen como excusa para seguir adelante en nuestras empresas, sea su índole la que sea.

Cuando era joven siempre me cuestionaba e interpelaba a mí mismo en las banalidades más profundas: si esto es así no es por un azar caprichoso del destino sino por el Destino en su integridad. Porque quien abogue y asienta como una comadreja ante la virtual existencia de un libre albedrío puede dejar de leer este texto e irse a su jodida casa.

Esta es mi casa, hoy.

Como decía, no he tenido suerte en la vida en general. No me excuso, para nada, nunca serán excusas ni comportamientos tácitos los que aquí se expongan. Es solo una carta de *recomendación* para leer mis memorias internas.

Soy escritor. Pero mucho más que eso: soy dramaturgo. Y aún más que eso: soy, pretendidamente, demiurgo. No leo poesía, pero me gusta pensar que mis personajes la leen porque les confiere un aire aristocrático.

Porque leer una obra de teatro no es tan sofisticado como el propio acto de *ir* al teatro a *exhibirse* como intelectual. Me refiero, sería vanguardista que mis personajes leyesen teatro. Sería aburrido que leyesen prosa. Es delicado que lean poesía.

Nada más detestable que los estereotipos antropológico-culturales, las *modas* artísticas del momento: ¡hasta el maldito arte está de moda! Será el paso del tiempo quien convierta a los críticos y al ignorante, público, al servicio de las llamas con que hoy quiero prenderlos a todos: eso sí, qué bien suena decir que nos encontramos ante la era de la *democratización del arte*, y mientras el ápice de la lengua martilletea sobre los alveolos te inunda la sensación de estar diciendo algo hermoso, algo elevado, prestigioso, y tu boca se llena de caviar intelectual, mírale qué culto, que dice *democratización* y lo supedita al arte.

Qué pena que al arte le importe una mierda el demo.

En fin, a lo que iba. Antes de que pasase esto, antes de estar por última vez ante este impetuoso mar, irrespetuoso oleaje, yo escribí una obra de teatro, moví sus hilos, y coloqué a una muchacha a leer poesía sobre una silla. Rodeada de luces.

Había poemas de todo tipo en aquel tomo que le coloqué entre las manos. Había tanta poesía que las hojas estaban completamente vacías y ella tenía que recitar de memoria. O que crear, incluso, en pleno acto.

Qué maravilla era verla, sobre aquel asiento, temblándole las piernas, mirando al infinito, hablando de guerra, de pasión, de lluvia, de ilusión, de tormentos y prosa encadenada.

Levanta la cabeza, riza el rizo, sonríe empalagosa hacia el final de escena, cúrate la herida con descaro, hurga en ella, súbete a las puntas: pinta un cuadro acuarelístico en el aire helado de mis emociones. Ahora, siéntete mágica sin despegar de la tierra tus puntas de satén rosado. Ahora, déjate caer sobre el asiento: contempla cómo se esparcen, vaporosas, las finas gasas de tu vestido. Parecen cortinas blancas… como la espuma del mar. Envuélvete en ellas: ahógate de vida. Debes tomarlas como pulmones y retorcerte

de dolor, angustia de las aves. Debes sentir que la vida se te escapa. Ahora, inspira, no simules un quiasmo todavía: debe ser real, desgarrador.

Sonríe al fondo: eres una *lady* inglesa. Eres una *madamme* parisina. Debes hacer de tus pasos un ir y venir de asonancias: conviértete en soneto: quédate quieta: encadena tu memoria con la mía.

Escucha, no vuelvas aún el rostro hacia mi rostro, encorseta más el corsé, riza de nuevo el rizo, sujétalo a la cabeza: míralos caer, como caricias, sobre tus clavículas abalconadas. ¡Qué éxtasis el de tus ojos! Salta, vuela ahora como el alma hacia el averno: mira hacia el fondo de tus inquietudes.

Eres sed que quema la garganta de los hombres. Eres mía y solo mía, hoy, porque te he recuperado del infierno, te he sacado y te arde el rizo rizado rizadísimo. Te sangra la boca sangrada sangradísima. Te ahogan los ojos ahogados ahogadísimos.

Escuece. Escuece sobre mis heridas tu sal y grito porque no te entiendo. Vuelve sobre tus puntas, dibujo ahora un cuadro expresionista: muévete rápido, escapa del depredador imaginario que es la vida hecha mujer y la muerte hecha cenizas.

Te miro. Te miro y te vuelvo a tocar desde la lejanía: esto quiero, por favor, exhaustivo ha de ser el fin de este momento: te dibujo con mi mano, la silueta de aquella mujer bajo mi mano, recompuesta por mis dedos torpes de *persona*, por mis dedos precisos de *demiurgo*, siete veces sobre tu silueta, siete saltos sobre la rayuela que no es boca sino cuerpo entero.

Te amo ahora como te amé antes de tus precisos preciosos suspiros, antes de aquel quiasmo en el que no absorbí aquello que yo más quería, y no estuve allí… No.

NO ESTUVE ALLÍ. JODER, POR QUÉ NO ESTUVE ALLÍ… allí, sujetándote la cabeza, mientras se intercambiaba la línea de la vida con la de la muerte, y la vida empezaba oscura, y la muerte, negra, te llamaba.

Yo no quería de ti más que tu risa y tú me lo arrebataste todo. Tu culpa fue mi desgracia quejumbrosa…

Hoy, sentado en la distancia precipitada de este acantilado, acaricio el infinito de mis pupilas y sé quién soy: sé quién soy y sé que nunca fuiste mía. Por eso es que hoy estoy aquí, a la orilla del mar, mirando el horizonte irregular que ante mí se abre,

vislumbrando un continente a la deriva, en busca de unos recuerdos que son absurdamente míos pero no me pertenecen…

Porque sin la inmensidad natural que hoy me alborota, en este lugar común, me siento libre de decir que sí.

Así como viviste de mi boca, también soy culpable de su muerte.

Suspiro VII

—*Seísmos de mieles pasajeras* —me dejo caer, con todo, sobre el colchón—. *Seísmos de mieles pasajeras*.

Jamás pensé que trabajar con Vetusta podría llegar a anularme de tal manera: apenas siento en mí la circulación de mi sangre aglutinada. Tengo los pies pintados en carne viva, la boca desgajada y la garganta seca de gritarle a la nada del salón.

—*Seísmos de mieles pasajeras* —susurro—. *Día treinta de abril a altas horas de la madrugada. Una silla en el centro de la escena se regodea bajo una suerte de resplandor azul.*

Y entonces, yo, derrotada.

Sobre las puntas de mis pies.

Lloro.

En el jardín de mis memorias crecen lirios bajo la lluvia gris del abedul. Mamá me llama en la distancia a la hora del almuerzo, me toma de la mano y me acompaña en el trayecto ameno de mi risa. Me coloca el babero *para que no te manches*, llegan los aviones y me pinta mariposas en el rostro. Qué mayor estás, pero qué rizos te salen, del color del sol cuando se acuesta, me dice, de las nubes cuando esperan a que salgan.

Le he fallado a mamá, pienso, y rompo a llorar como una cría. Su recuerdo se entremezcla con las horas del ensayo y desfallezco en sus palabras, y esa lucha por hacer de mí una mujer y no un proyecto de tal o cual cosa queda reducida a las cenizas de mí misma. ¿Qué me pasa?

Las horas me consumen en aquella habitación y Selene no responde: el rosal ennegrecido por la noche y mi rostro ahogado en caricatura. Tienes que salir de aquí: y me asusto de lo que estoy pensando.

Siento un dolor agudo en el costado que no me confiere la movilidad y fuerza necesarias para salir corriendo, intento incorporarme pero es en vano: me encuentro atrapada entre algodones.

—¿Qué quiere decir, Selene, *seísmos de mieles pasajeras*? —desvanezco los fonemas en mi voz y me estremezco por la brisa, y la luz de las farolas, y el sonido de la lluvia. Tengo la garganta seca, desértica, quemada de gritar, de modular el eco de mi voz. De sollozar en la distancia de la escena.

Nunca suficientemente recta, ni suficientemente bella. Nunca suficientemente dulce, ni suficientemente fuerte.

Me levanto con dificultad y me miro al espejo, dejando caer sobre mis pies todo el peso de mi angustia. Con una seguridad resurgente, busco la maleta en la neblina de la noche y la lleno de harapos, de botes de elixires de la eterna juventud, de miel y de limón, y la arrastro cuan larga es, como a un cadáver, escaleras abajo: un golpe tras otro, un golpe tras otro, un golpe tras otro.

Salgo fuera del hotel por la parte trasera para evitar las miradas incrédulas de los recepcionistas, y voy a parar a un parque húmedo cercado por vallas de metal pintadas en azabache: silencio. Solo yo, y ella en la distancia de las nubes.

Corro, desesperadamente, sobre los guijarros del camino. Noto la sangre en las plantas de mis pies pero el dolor se convierte en caricia lejana: piensa en lo bella que eres ahora, caminando sin que nadie te lo impida hacia la muerte emocional, mira fijamente esta obra que estás creando, tú bajo la llovizna norteña, empalagosa, de las nubes que se rozan entre sí y de excitación crean tormentas. Y mírate, patética, intentando subir la valla que separa tu libertad, de tu infierno.

Pero esto es lo que querías.

Fama, teatro y superioridad.

A la orilla de un charco me dejé caer y me deshice, no sé en qué, pero me deshice, y dolía mucho.

En el agua, las hondas se hacían grandes como grande se había hecho mi desesperanza: aquellas olas mínimas chocaban contra las paredes de su prisión, se retrotraían y volvían a chocar.

Una brisa cálida empezó a colarse por las ventanas, y la luz quiso cegarme las pupilas:

—¿Cariño, estás despierta?

Me sobresalté un segundo y miré a los lados.

—Ya son las once, ¿no esperabas levantarte nunca, o qué? —lleno mi vida de su vida mientras le contemplo— Estás como ida, maja. Venga, vamos, que con este día apetece comer por ahí. —se aleja por la puerta del dormitorio. Desde el otro lado, su voz en *off*— Conozco un lugar nuevo al final de la calle, un italiano o algo así, una pizza estaría bien, ¿eh? Margarita, o lo que sea, que a mí todo lo que sabe a pizza me parece una *delicatesen*. Luego la pedimos para llevar, y ya nos la comemos a la orilla de la playa, ¿te parece o no te parece?

Guardo silencio unos segundos, y escucho su garganta carraspear, inquieta ante mi respuesta:

—Me parece, me parece— me levanto de la cama y me miro en el espejo, desnuda. Vaya. Me pongo mi vestido verde, me recojo el pelo, me lavo la cara y le espero a la entrada de nuestra casa.

—Guapísima— me dice, mientras me besa la frente.

Salimos por la puerta delantera dejándonos guiar por el olor veraniego de las caracolas y la risa apasionada de los niños comiendo helado de chocolate sin egoísmo hacia sus camisetas. Bicicletas de todos los colores iban y venían delante de nosotros.

—Pues el restaurante este lo abrió mi compañero Marco, ¿te acuerdas de Marco?

—¿El chico de los sombreros?

—Sí, ese, el de la tienda de sombreros. Pues resulta que los padres decidieron cerrar el local, y bueno, no sé si te acuerdas de que estuvo cursando en Italia no sé qué cosas sobre gastronomía y demás, el caso es que se decidió a abrir un restaurante en el local de los sombreros.

—¿Y cómo lo llamó…? — me río.

—Oh, no… ¡por favor, Helena, no lo hagas! —grita, escapando de mí.

—¿…*cappello*? —declaro, tirándome sobre él mientras caemos rodando sobre el verdísimo prado de menta.

—¡No! Aléjate de mí, ¡aléjate de mí!.

Nos besamos y nos levantamos. La pizzería está llena de gente frenética con ganas de probar *la auténtica comida italiana* que Marco ofrece. Nos llevamos dos pizzas muy muy grandes y echamos a correr hacia la playa.

—Mierda, el móvil. Me lo he dejado en el restaurante.

—Ve a por él— le digo, sujetando las cajas de la comida.

—Voy— dice, dándose la vuelta hacia la carretera.

Suspiro VIII

Queridísima compañera:

Te escribo desde la urgencia de mi despacho por algo que no alcanzo a comprender y que me ha rondado los pensamientos estos últimos días. Como sabrás, ya he iniciado los ensayos en el teatro y he tenido algunos problemas técnicos. Necesito de tu ayuda.

Para empezar, creo que me he equivocado. Helena no se parece, muy a mi pesar, a aquello que buscaba: la veo desgarrarse en cada línea del papel, pero no de pasión sino de lástima, de ganas de vomitar sobre mi prosa.

Además, su fisionomía no acompaña al lugar que he elegido para representar: necesitaba algo delicado sobre las tablas, algo que no encuentro en absoluto en sus movimientos, que más que gráciles son torpes y despreocupados.

Por si fuera poco, su silueta en la luz tampoco representa la imagen que en mi mente había construido, y en su lugar me encuentro un engendro femenino que no para de toser y de quejarse porque tiene sed y no sé qué otras necesidades biológicas.

Eso sí: los matices del teatro son casi perfectos. Los técnicos han logrado recrear, con la minuciosidad de un escultor, la calima de las orillas del océano en todos y cada uno de los brillos de aquel árbol.

Sin embargo (y es que algo tenía que estar yendo mal, también, en este punto), este es vil y hostil sobre la escena: se nota que está muerto y corrompido. Se nota que

tiene sed, pero Helena no le da de beber. Se queda quieta y mira fija al fondo de la escena, y me cabrea soberanamente que no atienda a mis explicaciones, que no atienda a lo que yo le recomiendo o digo.

Se viste con vestidos que no encajan, se maquilla excesivamente y apenas se retoca el pelo que debería ir sutilísimamente adornado por piedras preciosas y caer lozano en las clavículas, es una soberbia constante la suya, y todavía tiene la desfachatez de pedirme unos minutos de descanso.

¿Descansar? Descansar estaría bien si no fuera que no da tiempo a todo cuando te tocas las pelotas en un ensayo de este calibre, ¡en mi gran obra! Toda tirada por el suelo por una actriz que apenas sabe vocalizar bien una frase seguida sin tener que mirarse las puntas de los pies, y llora cuando no tiene que llorar, y ríe cuando no tiene que reír.

Al final, me he tenido que decidir a pagar una cuantía de cierta envergadura y así conseguir, al menos, encauzar la situación. O buscarme otra actriz, o quemar la obra. Con esta semana más de plazo y el teatro abierto todos los días creo que podré mejorar los imperfectos, porque no es el papel el que debe amoldarse a ella: el papel es tal y como lo ha concebido Ella. Es tal y como debe ser.

Qué impotencia, Laura, siento ahora. No te imaginas cómo me tiembla el pulso mientras presiono las teclas. Busco tu respuesta paciente entre las misivas de vuelta. Espero que no tardes en ponerte en contacto conmigo.

V.

Termino de leer y suspiro amargamente, bajo la luz melodramática de mi escritorio. Maldita sea…

Durante los años que he pasado siendo persona *grata* en la lista de Vetusta me he ido dando cuenta de las «cosas» que rodeaban su figurín impoluto de atelier barato. Obviamente, me guardo los elogios para agradecimientos en obras, mítines, y recogidas de premios bajo el clamor de la multitud. No odio a Héctor, de verdad que no lo hago: es más, posiblemente le quiera mucho más que cualquier otra. Es solo que… hace como miles de años que ni es Héctor, ni es Vetusta, ni es Héctor Vetusta, ni es nadie.

La primera vez que él ganó un premio dramático lloró al recogerlo: os podéis imaginar lo pintoresco de la situación y el decoro interno que sentía aquel hombre, de

baja constitución, tez blanquecina y sonrisa a medio construir sobre unos dientes nerviosos, que tropezaban unos con otros, que no acertaban a dar un paso en «verdadero». Siento la proliferación de comillas, pero es que si algo es Vetusta es ironía pura: todo acotación, como su vida misma.

Aquella noche no volvió a casa.

Vetusta estaba casado con una mujer bellísima y brillante: era superior intelectualmente a él (de verdad que tampoco pretendo insultarlo, pero es que yo la conocía a ella, y así era), y eso de que lo supiera todo le quemaba por dentro… aunque la muchacha, la pobre, tampoco hacía nada para que pudiese sentirse incómodo.

Él siempre habla de su matrimonio con ella de una forma, ¿cómo decirlo?, anubarrada. Llena de manchones negros que en su sueño son de color lirio y son pureza y son no-sé-qué-tópico, que si no hay nada en la literatura que simbolice esa parte pura de su percepción hacia Amaranta, ya lo crea él.

Debo confesar que yo nunca he amado de forma profunda y sincera y que, por tanto, no sé si realmente es daño colateral de esto la construcción de lugares comunes para la reflexión, la adoración y la represalia.

Recuerdo un día de mayo después de su muerte. Venía agitado de no sé qué parte de la villa con un montón de papeles mojados en la mano: le ayudé a acomodarse en el salón y le serví una infusión de anís verde.

—¿Qué te pasa, Héctor? —le interpelé, los ojos como platos.

Héctor se acercó a mí con paso vacilante, como si por un momento tuviese pánico, terror, absoluto incendio mortal bajo sus pies, a que todo lo que pisaba se abriese y evaporase, y lo catapultase hacia un lugar desconocido del que no podría salir: me tendió un papel rugoso, oxidado, que parecía sacado de la biblioteca de Alejandría, y con lágrimas en los ojos me pidió que hiciese mías las palabras que había escrito:

Musa, sálvame, de la brisa

creciendo azucenas en la garganta del que te escucha, amando.

Mientras, el viento se dilata

y asciende, manso, hacia el cielo azul de la esperanza.

Iluso yo, mientras te miro,

y saboreo tu nombre que nunca acaba,

y amando tu nombre que sabe

a mar, a vida, a tierra, a nada,

siento que se me agota la muerte y

caigo, amargamente, sobre tu cintura.

Era un poema para Amaranta, susurró mientras se iba deshaciendo, poco a poco, el minutero.

Me contó que Amaranta no estaba cuando él llegó a casa para recitárselo, así que salió a buscarla al trabajo, porque era muy importante tener detalles con las personas a las que amas, y creyó en aquel momento que sería bonito comprarle unos bombones y regalarle un trocito de poesía, aunque no fuese cosa magistral ni mano de santo. Evidentemente, tampoco estaba en el trabajo.

Me contó que entonces salió y se acercó a la cafetería en la que siempre para a ojear el periódico en los ratos libres, y se pidió una tarta de manzana, que era la que a ella le gustaba, y se sentó pacientemente a repasar el poema, y cambió algunas palabras en dicho lapso por que sonase más interminable la espera, y que la lírica de los versos se asemejara a la dulce melodía de las olas que su nombre encierra.

Me contó que al terminarse la tarta se dio cuenta de que daban las ocho, hora en la que termina su jornada, y supuso que Amaranta habría entrado en la cafetería y él no se habría dado cuenta, de tan concentrado que había estado en la corrección de la forma del poema. Qué tonto, me dijo, cuando lo que más le importaba era el contenido.

Así pues, me contó que se levantó, pagó la tarta, y se marchó hacia casa a ver si ya había llegado, y como no había llegado todavía, le preparó una bonita cena con velas aromáticas, y acomodó el poema en el centro de la mesa.

La comida, fría, no quiso esperar más por la joven Amaranta, y él salió agitado hacia mi casa, tendiéndome el poema con las manos tiritando, y estallando en pedazos de realidad y titubeo.

Lo sé, puede generar una ternura sin medida pero, ¿dónde acaba el horizonte de nuestras penurias y comienza la muerte intelectual? Fue a partir de entonces cuando Héctor ya no era él, ni su apellido, ni su nombre y su apellido. Venía a mi casa todos los días agitado, porque decía que en la editorial lo llamaban loco y que si tenía que ir al psiquiátrico para encontrar a su mujer.

Creo que era como un niño: no entendió lo que la muerte significaba cuando a su amada Amaranta le sobrevino, así que se dejó morir para afrontarla. Escribía frenéticamente hojas y hojas plagadas por su nombre, y en su mente se formó un constructo de lo que Amaranta había sido. La verdad que… la deformó tanto, que ni yo soy capaz de reconocerla entre sus páginas.

Es una pena olvidar de esa manera. Con lo mucho que se querían.

Suspiro IX

Amaranta se levantó aquella mañana mientras flores rojas le crecían de la cabeza, regándolas con el agua que de los ojos lloraban, dulcemente, las amapolas enraizadas en las tristes nubes litorales.

Su gata la esperaba al otro lado de la puerta, felina y letrada, pluma en la boca y a verlas venir.

Sobre la pila de libros del escritorio se había quedado dormida, soledad, con la boca abierta y los ojos cerrados, protagonista del pasillo de los pasos perdidos, que en el eco que los acompaña llevan escrito su nombre.

—Buenos días —saludó a los girasoles que le tornaban la cabeza.

Abrió con delicadeza el cajón inferior del escritorio y sacó unas cuantas libretas novotemporales, repletas o medio vacías. Unos pasos se escucharon al fondo del pasillo y ella no quiso inmutarse, regodeándose en la inseguridad tácita de aquel fantasma que irrumpía en el silencio de sus elucubraciones:

—¿Amaranta?

—¿Qué haces aquí? —contestó ella, sin apartar la vista de su tarea.

—Vengo a por mis cosas.

—Que te aprovechen.

Amaranta guardó todas las libretas menos la escarlata, y la dejó posada al lado de su contemplativo gato que, en estado septentrional, había decidido no moverse en todo el día, ronroneando sobre su propio ronroneo.

—Podríamos hablar ahora.

—Ahora no puedo hablar.

—Pero es que las cosas no son así, Amaranta.

—¿Cómo dices? ¿Cómo dices que no son las cosas? Está claro que las cosas no son *así*. Sin embargo, tus *cosas* son como las dejaste, y siguen siendo igual que antes eran.

—No me refiero a *mis* cosas, quería decir *nuestras* cosas.

—¿Qué cosas nuestras? Nosotros ya no tenemos cosas, Aitor.

—Pero las teníamos.

—Sí, las teníamos, pero ya hace tanto tiempo de eso que ni siquiera recuerdo cómo eran esas *cosas*, ¿te puedes apartar, por favor? No puedo abrir el cajón y me estás quitando tiempo de vida con tanta estupidez junta.

Amaranta saca un bolígrafo del lugar indicado, abre la libreta y se levanta mientras ojea el contenido. El gato ronroneante construye una pila de dulces vibrantes sobre su tripa: hace un calor espantoso y las amapolas sudan sabia paciencia.

—Te escribí algo.

—¿En serio? —responde, sobresaltado.

—Sí, ¿te lo leo? —él asiente con frenesí— Te lo leo, te lo leo. Dice así: ahora no tengo tiempo para leer.

—Estás de coña.

Amaranta arranca las hojas de la libreta y se las tiende, con pulso nervioso, al hombre que la contempla. Llévatelas contigo, por favor, y asegúrate que de ti no queda nada en esta estancia.

Aitor, resignado, plegó su corazón al caprichoso azar del tiempo, lo empaquetó junto con sus camisas y alzó el vuelo transoceánico de un lado a otro de sí mismo. No se atrevió a deshacer los pliegues que los dedos de la ninfa imprimieron en las hojas

arrancadas de aquella libreta cuarteada por el tiempo, y se hizo de noche de camino a casa.

Dieron en el reloj de pared de su cuarto las tantas de la noche, maleta hecha y papeles en orden, fue un impulso nervioso el que lo hizo llorar sobre la letanía.

Querido Aitor:

Te escribo mil años luz separada de ti, en algún lugar inalcanzable dentro de esta inmensidad terráquea, oceánica, parapética.

Mientras, despierta la ciudad gris y descalza, un día, a finales de mes, en primavera. Una primavera ajena, en la que ya no crecen rosas rojas sino violetas que, con sus cantos elegíacos, me hacen sucumbir en el sopor de la tarde.

Sube la marea al otro lado de la ciudad, así con ella se incrementan mis reproches, lejos. Aprieta fuerte el viento en mi ventana, que ahora huérfana se deja llorar en los cristales. La casa está vacía: el pez se da golpes en el cristal de su pecera en busca de una libertad utópica. Pobre, si supiese lo que significa ser humano, tal vez cambiaría de opinión y desaparecería dando vueltas sobre sí mismo.

Siento que nos hemos traicionado el alma con el alma, regozándose en el todo, que de nuestras frentes cansadas crecen lirios en silencio, y lloran una contra otra por haber besado el terreno baldío del recuerdo incesante de otra cordillera, y en tus pupilas el reflejo de alguna otra sirena que canta, canta, y nos ahoga. Sé que no fue por eso que te fuiste un día, pero también sé que por eso se fundó el motivo por el que no volver: ya es por esto que escribo hoy estas palabras y las guardo en la libreta, a la espera de las lágrimas saladas que lavarán tu cara en busca de las mías.

Confieso haber sido de ti burda acotación, lejos de poder amarte como he amado a otros que por estos continentes se pasearon, la verdad es que jamás sentí lo que de tu piel serena, al calor de la lumbre, plantaste en la ribera de mis precipicios. Y es que si te digo que mi corazón se volvió en corazón cuando por tus puntos cardinales fue embaucado, en un viaje sin retorno al paraíso, no te miento. No te miento si te digo que por amarte, al silencio vuelvo ruido y melodía.

Y ahora que entiendo lo que nos ha pasado, que de la noche a la mañana nos habíamos cansado de besarnos, de mirarnos, de escucharnos y comernos, el alma y los huesos se han quedado esparcidos en el seco terreno de la incertidumbre, y veo a mi gata

limpiándose las patas al lado del jarrón de porcelana que contiene las flores deshechas, la miro y sé que soy feliz.

Podría odiarte mil veces así como volver a desearte, arder en el fuego eterno del infierno merece esa conducta que sobre mí se clava como puñal asesino: me desangro de egoísmo, porque no te puedo ver con otros ojos, porque ayer perdí los míos, y estoy ciega de ti en esta zanga que he cavado.

Para morir sin ti, y estar siempre arrepentida de quererte: no.

Amaranta

—No —susurra Aitor, limpiándose en lágrimas el rostro—. No Amaranta. No… No… Por favor, no… No… No. No Amaranta, por favor…

Y rompe entre gritos el mar enfurecido que en sí mismo encierra aquella boca, plena de gravedad: el silencio escucha.

No.

Suspiro X

—Serán diecinueve con noventa y cinco.

—Aquí tiene —dejo caer sobre su mano mi calderilla y salgo de la tienda. En la calle juegan, despreocupados, un grupo de niños. Parece que están pintando en las baldosas una suerte de rayuela irisada: ríen y saltan, y se caen, también.

La temperatura ha subido en las últimas semanas y da gusto caminar por la ciudad a medida que entra la noche, cálida, por las ventanas del planeta. Al otro lado de la carretera, el hombre del puesto de algodón de azúcar y manzanas confitadas deja que, con suavidad, las máquinas y los engranajes de su pequeña empresa paradisíaca se apaguen hasta el día siguiente.

El murmullo armónico amortigua mi visión: las luces difuminadas al fondo, los motores incesantes, las pisadas, me recuerdan a poemas vanguardistas que leí hace tiempo. En algún lugar de mi memoria han decido permanecer, en estado latente, para sublimar este momento.

Con paso anhelante un felino salta, exhibiendo su más distinguido pelaje, se posa sobre sus extremidades como un jaguar, y continúa su camino de *tejadista*. Una pareja se besa, ronroneando, bajo la luz melodramática de los soportales.

Estamos estupendos, pienso, y continúo mi camino pensando en Dafne y en la belleza de su tronco, en lo brillante y lo jugoso de sus hojas, en el intenso olor que desprende, atada por siempre a su tierra, y en aquel patético Apolo que apenas sí sabía bordear la cintura de sus costas y hacer de ella lo que era: la sublimación del arte.

Las escaleras de mi piso están resbaladizas. Introduzco la llave con cuidado y paso dentro: un olor a café me invade y cierro detrás de mí. La penumbra de la estancia no me desagrada, así que no enciendo la luz del salón: voy a la cocina, corto el queso de cabra en dos rodajas, lo echo en la sartén y le doy vueltas. Tuesto un poco de pan, lo rocío con aceite y especias y lo dispongo junto con el queso, caliente. Del estante superior bajo el vino más caro y sofisticado que encuentro, rompo una copa y me *joder*, saco otra llenándola de líquido, la poso sobre la mesa y no lo bebo.

No soporto el vino.

Para el postre preparo un helado de frambuesa con pepitas de chocolate y caramelo recién hecho: bajo el efecto del calor y el frío, unidos, se condensaba la exquisitez que bañaba mis papilas gustativas.

Termino de comer, pacientemente, disfrutando de cada bocado: dulce y salado, mi combinación favorita. Detrás del marco que acecha a mis espaldas, una suerte de madona aguarda, paciente, que la haga girar y recoja el tesoro que tiene guardado.

Roto, sobre mis dedos, el papel amarillento, y leo:

«Te mentiría si te dijese que recuerdo el día exacto en que me enamoré de ti, porque no existe tal fecha. Aquello fue como el manto que Penélope confeccionaba entre sus dedos, con una excepción: yo no destejía mis sentimientos, todas las noches, a la luz de la luna.

Sí que recuerdo el día en que te lo dije, y hoy, que hace tantos años desde entonces, se dibuja una sonrisa de añoranza en mi rostro mientras los dedos de mi conciencia hacen un repaso meticuloso al momento cumbre de mi vida: y es que sin ti, ni la mitad de mí hubiese existido como existe ahora.

El tiempo ha pasado tan rápido que exactamente hoy, hace miles de años y un día atrás, no hubiese tardado ni un segundo en afirmar (y reafirmar) que lo nuestro no era más que la ceniza de un fuego que, con el viento de levante, se esparce entre el cabello vaporoso de las nubes.

Me siento estúpida por ello, exactamente hoy: siglos y siglos después de la verdad.

Pero… ¿qué verdad? A lo largo de estos años lo «único» que nos ha pasado es que *hemos* dejado de ser unos desconocidos. Ningún secreto. Ninguna mentira. Toda nuestra vida, cíclica, de corazón a corazón.

Es ahora que entre mis mechones asoman las cenizas cuando me doy cuenta de que, en realidad, en aquel tiempo pasado nunca supe quién eras: ni yo me reconozco en mi propio recuerdo, aquella voz, aquel cuerpo, aquella luz que brillaba en tu garganta.

Es ahora que te miro con mis ojos cuando entiendo que las nubes de pizarra que me auguraban tus tejados no eran, sino, burda palabrería.

Me has enseñado a amar, a pasar por encima de las relaciones in púber que creen en el amor como una fuerza destructora, que lo convierten en culto, en religión, en sacro templo del sacrificio.

Ansias melancólicas y asfixiantes guían, a la deriva, sus mortíferas rutinas: gritan los jóvenes enamorados y, si al segundo después no reciben el eco vacío de la dulce voz amada, creen que el mundo se cae a pedazos y les aprisiona, convirtiendo en llanto el excitante sueño vespertino. Se desmorona sobre sus frágiles mentes todo aquello en lo que un día creyeron.

Hoy sé que el amor, sin embargo, es esperar paciente la respuesta o el silencio. Es vivir y dejar vivir al otro con aquello que lo llena y hace feliz, y agotarse de desesperación, no ser egoísta: confiar.

Hoy, entiendo que amar no es sino mejorar. Mejorar*se*. Entender que debes crecer como persona y que eres libre… libre. Libre.

Libertad. Bendita palabra que me enseñaste desde que mejor*amos*. El uno al otro, con un beso aquí, una palabra fea allá: y nos convertimos en hombre y mujer en el arte de querer. Y fuimos libres de querernos.

Libres de besarnos si queríamos. De vernos si queríamos. De hablarnos si queríamos. De desnudarnos si queríamos. De insultarnos si queríamos. De respetarnos SIEMPRE. Nos empezamos a amar de una forma diferente, entendimos que las cosas duran *hasta el final*…

Y hasta el final seguirán durando.

Miento si te digo que no me asusta todo lo que hemos aprendido durante este tiempo, si te miro a los ojos convencida de que entiendo lo que nos ha pasado. De que entiendo lo que hemos descubierto… Mentiría si lo dijera, y por eso no te lo digo: pero tampoco puedo arrinconar y maquillar esta edad heroica que en mí has creado, que entre mis papeles no paran de crecer árboles frutales, y de mi cabeza no crecen, sino, flores rojas y frescas, blancas y sabrosas como frutos tropicales.

Quiero que entiendas (y te aseguro que lo intento explicar lo mejor que puedo) que tú me has hecho nueva y me has dejado comprenderme a mí misma: has pintado el mundo que se abre ante mí del color que realmente es. Blanco y negro. Has abierto las ventanas, has llorado, me has amado como nadie lo ha hecho nunca.

Y eso es cierto, es cierto y no dudo en decirlo porque nadie en este planeta hubiese estado a mi lado de la forma en que lo has hecho tú, nadie en este planeta hubiera intentado entenderme de la forma en que lo has hecho tú. Y si ese *alguien* tuviese la remota posibilidad de existir y, tal vez, de comportarse como tú te has comportado… no me importa en absoluto: en eso consiste el amor.

Sé (porque no soy una ilusa) que es muy posible que haya gente que *podría quererte* como yo te quiero a ti. Ahora, quiero que entiendas bien que no compito en esto. No compito en esto y me niego a decirte que te quiero más de lo que te han querido, de lo que te quieren o de lo que te querrán.

Me niego, porque la respuesta es obvia. Porque crecer a tu lado ha sido un regalo, y el regalo que te hago a ti también: el haberme visto madurar como persona en el amor, el haberme visto llorar por ti, volverme *literalmente* loca por ti. Esa es la prueba irrefutable de que no hay competición posible.

No cuando se trata de amor. De amar bien.

Esta carta es una de esas cartas que salían de mis dedos hace mucho mucho tiempo. De esas que te tenías que leer pacientemente semana sí, semana también. De esas

que no he vuelto a escribirte: son las líneas que mil veces he empezado y nunca supe terminar.

Esta, es la historia comprimida de una vida que, espero, dure lo que dura la música callada: que se llene de arte, de épica agitada como en la «Confesión» de un tal C. B.

Esta, es la forma en que te veo con mis ojos: esos labios que quiero besar, esos ojos que me miran dormida, esa voz que me cuenta su aventura pulmones-tráquea-vibrar de cuerdas vocales-faringe-explosión. Esta, es la forma en que te concibo en mi mente, eres tú esculpido en prosa. En prosa poética. En arte abstracto.

Esto es lo que merece alguien que me ha hecho inmortal a través de sus lentes, esto, es el llanto angustiado de mi voz cuando te llama… porque quiere más de ti. Es el amor. El amor real, el que es físico, mental, místico, nuclear. El amor que no entiende de nada pero lo sabe todo, el amor que me das, que te doy: que nos damos.

Este eres tú a través de mí: todo aquello que podría entregarte, todo lo que un día soñamos juntos, cientos de noches en vela, miles de besos perdidos, millones de tardes bebiendo café, comprando limonada, bailando por las calles de la ciudad, llorando a solas, besándonos por primera vez bajo los soportales.

Esto es lo mejor que te puedo dar: tu mano en la mía, mis labios en tu cuello respirándote, un paseo a la orilla de la playa, tu rostro concentrado en la lectura, una llamada de camino a algún lugar.

Una risa esperanzada.

Lo mejor de mí. Todo aquello que tú, amor amor, te mereces más que nadie.

Siempre tuya,

A.»

Lloro, amargamente, sobre su piel. Somos libres después de la tormenta.

Suspiro XI

Estimado público, la función está a punto de comenzar. Les rogamos que tomen asiento y apaguen sus teléfonos móviles. Está prohibido grabar o tomar imágenes durante la representación. Deseamos que disfruten del espectáculo.

Primer timbre. Palabras.

Segundo timbre. Murmullo.

Tercer timbre. Silencio.

La penumbra en que se sume el gran salón queda rota por la luz azul que la devora: ciega primero sobre las pupilas abiertas de los espectadores. En el centro se recorta la silueta de una silla de tres patas, al lado de un árbol frutal, robusto, que huele al néctar de las flores.

Entra la actriz por la derecha (la del público). Se deja caer, bruscamente, sobre el asiento. Parece que llora.

—Oh, ¡vaya! (*risa sorprendida*) Buenos días a todos. Buenos días… —calla la oscuridad que la rodea y asciende el sol sin desvelar el rostro descompuesto de la mujer, tapada por una cortina de sombras— ¿cómo están? ¿Bien? Yo estoy bien, sí. Estoy bien, ¡como siempre! Ya saben, lo que se dice siempre, ¿no? Qué vamos a decir, claro, hombre, qué vamos a decir.

»¿Cuánta gente, no? Hay mucha gente hoy. Es que no sé, normalmente no hay tanta y claro con todo esto de las evaporaciones del agua corporal luego hace un calor inhumano, pero bueno. Tampoco pasa nada.

»Yo es que suelo venir aquí a contemplar las estrellas. Las estrellas que cuelgan de este árbol. Las estrellas son los frutos de… de… Bueno, (*suspiro*) ¿y cómo están? ¿Han venido a ver el árbol también? Sí, seguro que sí porque salió en no sé qué telediario. Pues tampoco se vayan ustedes a impresionar porque las cosas estas ni estrellas ni nada, son luces, y están por no sé dónde enchufadas, eh (*risas*).

»Bueno, no tengo mucho que contar. La verdad es que no, porque bueno, en general es que mi vida es muy muy aburrida: ya saben, nacer, crecer, comer y morir, ¿no? Más o menos, digo yo.

»La verdad, a veces desearía vivir en otra piel, y que de camino a la panadería se me apareciesen dragones fieros contra los que combatir, o haditas doradas me bailasen en la cabeza al subir los escalones del portal. Pero no, la verdad es que no me pasa nunca nada de eso. Ni a mí ni a nadie.

Sonríe, pícara, comiendo un bocado del órgano latiente que el público ostenta ante su presencia.

—Cuando… cuando yo era pequeña, mi madre me decía que de los árboles crecían esperanzas, y que debía cogerlas y morderlas, sentir su sabor y su jugo, que era la vida que nos regalaba la naturaleza para poder alargar la nuestra, y hacerla fuerte como el tronco del árbol que nos la está aportando. Así que yo, yo me subía a los árboles y les arrancaba los frutos, y me los comía, segura de que en el futuro sería una mujer fuerte como un manzano, bella como un cerezo…

Suspiro. Silencio.

—Cuando mi madre estaba a punto de morir recordé aquellas leyendas que ella me contaba, así que le llevé un puñado de moras al hospital. Lloramos mucho aquel día: de alegría, de añoranza, no sé, de la vida que se va y no deja nada para los vivos.

»Y es que el lamento por la muerte está sutilmente creado para el que vive y mira, desde la otra orilla de este río o la laguna o mar, o cielo, mientras se retuerce en la agonía de no poder salvar aquello que atrás deja, cruelmente, y se lamenta en la incógnita latente en cualquier punto cardinal de este mundano planeta: lo que hay después de la vida, lo que le precede a la muerte.

Calla, lunática, observando a los espectadores.

»Vaya, o eso leí en algún lugar (*silencio*). Hablando de lugares —dice, mientras extrae de las profundidades de su falda una pequeña libreta que abre y contempla—. ¡Tachán! Yo es que escribo cosas, a veces. ¿Os leo? Venga, os leo. Fijad vuestra mirada en mí, mirad cómo os mira la muerte, muriendo la mirada cansada de su latente presente. Y dejaros ir en esta incógnita dorada, ¿dorada? El oro, la riqueza, los muebles, la moqueta, la risa, una saeta. Se canta en los rincones del corazón…

Ríe amargamente, y de sus cuerdas vocales dotadas de violín y viola, una melodía ascendente enamora al expectante público:

—Se canta en los rincones del corazón, mientras llega la muerte a verte morir de pasión. Me miras y callas sin tener razón, una rima fácil interna, la decisión la tomo yo (*ríe*). Sí, lo sé, una mierda, volvamos a empezar:

»Se canta en los rincones del corazón un seísmo que aclara tus ojos, mientras lloras. El planeta agoniza la sentencia final y te lavas la cara en las perlas de agua marina que afloran en las conchas irisadas a la orilla de este charco que nos separa día a día, amor

amor, solo busco besarte las cosquillas y entregárselas a un dios en el que no creo, con la esperanza de salvarte eterna, y morirme yo luego.

»Jamás podrán ayudarme, ni abrirás tú en mi cabeza esta jaula que me espanta y me hace sufrir, los pájaros que se alimentan de mis sueños, y ese nombre primero del que tú te enamoraste cuando en tu mente yo no era más que aire incoloro, ese nombre que a todas horas pronunciabas, que no tiene fin, que amar al mar en tanta y tan poca cosa me has dejado mezclando mis jugos con sus agitadas caracolas.

Silencio húmedo.

—Hace frío aquí, ¿no creen? (*frotándose los brazos con brío*). Mucho frío, frío norteño, ¿eh? Pues… a mí el frío me trae malos recuerdos. —Se queda callada suspendiendo del oxígeno sus faros de luz: no cierra las puertas ni por un instante, amargado el rostro por el limonero. Susurra, desesperadamente, susurra— Nadie sabe de dónde llegan los gritos que me nublan la conciencia… ni ellos ni yo misma. Sus ojos aterrados se me clavan y gimo de angustia, un hedor me hace vomitar entre arcada y arcada de silencio. Aquel lugar huele a acetona… o no, a aguarrás… aguarrás…

»Lloro, y me rompo, rompo a la mitad intentando abandonar aquella prisión desoladora… y veo sus manos inertes en el suelo, pintadas de amapola y hierbabuena… ¿dónde quedó ya su dulce esencia, el recuerdo mordaz de su risa clavada en el firmamento? La vida se había convertido en dos ojos que, como faros, también eran pozos sin fondo en medio de la oscuridad… ¡Y yo sola! ¡LLORANDO! ¡ME HA DEJADO SOLA, SOLA, SOLA! ¡Y YA NO BAILAN MARIPOSAS EN MI PELO, NO ME CRECEN FLORES DE LA CABEZA, NO ME ESCUCHA, LA CALLE, LAS HORAS, SU BOCA, LA SANGRE, EL RECUERDO, Y CORAZÓN! (*susurro de silencio*) Late.

Silencio evaporado.

—Disculpen, ha sido un día duro. ¿Qué opinan de mis textos? Son de amor y de desesperanza. Bueno, no es mucha cosa pero me entretiene, ¿saben? Como comer pipas, o algo así.

»También tengo otras aficiones, ¡por supuesto! Cuando me subo a las tablas negras, ¿saben qué? Me siento plena de algo a lo que me gusta denominar *dramatismo mágico*. Se mezclan en él la belleza y medidas palabras del texto que interiorizo, que hago mío y fusiono en mí, una adaptación dual, y busco moverme en unos moldes invisibles

que se contraponen unos a otros en cuanto piso la escena, y siento que creo una familia con el otro que me acompaña, y que poseo una deuda infinita con aquellos que vomitan la luz en la boca de la de escena, y el frío que entra por la fosa de los músicos, y la alegría del final: el abrazarte una vez caído el telón.

»El único calor que conozco.

»Es una forma de vivir con el corazón en un puño y la jaula de mi cabeza abierta: los pájaros volando sobre miles de millones de cabezas expectantes.

»Esta jaula... esta jaula que me hace temblar (s*e da golpecitos con los puños sobre su preciosa cabeza, llora*): llena de pájaros, pájaros de colores que quieren salir, que quieren volar, que se alborotan y se chocan entre ellos, pájaros de colores, exóticos, desplumados, pájaros muertos, buitres y cuervos, loros que gritan *hijo de puta* y melodiosos ruiseñores, y el cantar incesante de un periquito moribundo, que al lado de la puerta de e s t a j a u l a n o p a r a d e l l o r a r p o r m í . . .

…

Siempre quise abrirle la puerta de aquella prisión imaginaria instalada en lo más profundo de su cráneo.

Suspiro de sal

Querido Héctor:

¿Cómo te encuentras? Siento no haber podido acercarme esta semana a la residencia, pero he tenido que terminar unos cuantos trabajos para la empresa y no me ha dado tiempo a cuadrarlo todo: ¡ni un minuto para mí, oye, qué se le va a hacer! Y por si fuera poco, este fin de semana han venido mis sobrinas a pasar la noche y disfrutar un poco de su tía, que dicen que me paso el día en la inopia y no les hago caso. ¡Crías!, ¿verdad? Por eso tampoco podré pasarme el sábado, pero iré la semana que viene, de verdad.

¿Tú cómo te encuentras? Me han dicho los médicos (que los he llamado, no sé si te lo comentaron) que estos días ya no te dejan salir del recinto para acercarte a la playa. Supongo que lo entiendes, después de lo del otro día… esto es lo mejor para ti, Héctor, y ambos lo sabemos.

Además, allí tenéis muchos otros entretenimientos, que me han dicho que dentro de poco os van a llevar un nuevo aparato para jugar a juegos muy interesantes que desarrollan la inteligencia, y todas esas cuestiones. Bueno, lo que quiero decir es que

estés bien, que si pones algo de tu parte pronto estarás sano y volveremos a cenar en ese restaurante tan bonito de la playa, el italiano, ¿lo recuerdas, verdad?

Por lo demás, yo estoy muy bien. Tu gata se ha adaptado a la perfección a mi casa y no parece incómoda en absoluto, la verdad que hace mucha compañía (y eso que a mí me daban un repelús enorme, pero es que a estos bichos en seguida se les coge cariño).

Tengo algo que contarte, algo que supongo que tú y todo el mundo se esperaba, pero en fin, hay que explicitarlo, ya sabes: Aitor y yo nos hemos dado un poco de tiempo… No le sentó demasiado bien mi respuesta a su propuesta de compromiso. ¡Y no me extraña! Lo que me tiene que aguantar el hombre, pero es que… yo qué le voy a hacer si soy así, ¿verdad?, si es que tú lo sabes más que nadie.

¿Has escrito algo estos días? He encontrado en tu casa un libreto a medio empezar, ¿quieres que te lo lleve? Te lo llevaré, tal vez te haga pasar un buen rato ojearlo, a mí me resultó muy agradable, claro que había partes con muchos borrones que no entendía demasiado bien, pero si lo continúas y consigues terminarlo podemos leerlo juntos, en plan dramático, ¿te parece? Incluso puedo hablar con las enfermeras para montar una pequeña representación de la obra en el centro, creo que podría ser muy interesante y ayudarte a desconectar, ¿no crees?

Intentaré por todos los medios estar allí la semana que viene. Cuídate mucho, Héctor, ¿sí?

De Laura, que te quiere

Ella vino a verme porque sabía que me estaba muriendo de nostalgia, que es una enfermedad que te entra en el corazón, lugar exacto en el que tengo yo guardada mi memoria.

Cuando uno se está dejando llevar por la corriente del río, cualquier visita con ánimo de cortesía predica sarpullidos en la conciencia y en el estado de ánimo: despedirse de un muerto a punto de vivir, enclaustrado entre cuatro paredes asépticas y al lado de un mar que se hacía rizos sobre sí mismo; pero ella nunca me molestaba, nada en absoluto, porque aunque en sus ojos y acciones siempre he visto (a lo largo de mi muerte) el temor de reconocer lo que en cada latido intenté mostrar al mundo, al final fue la única que me entendió del todo.

Cuando entró en aquel cuarto, tan blanco que estaba lleno de luz —la misma luz que aquella tarde alumbraban sus pupilas—, me dijo que me veía muy guapo, que parecía el canon renacentista de la belleza «como Melibea», y rompió reír con un eco sincero, y con unos dientes color azucena, que estaban tiernos todavía.

Me sirvió un té de anís verde que había comprado en la Calleja de los Cuernos, en aquella tienda que huele a azúcar de limón y hierbabuena, la misma en la que yo compraba la tila alpina para la nostalgia y la manzanilla para el mariposeo estomacal. No seas escatológico, me dijo, y me sirvió el brebaje en una taza de porcelana que también había comprado para la ocasión: *debemos ser boatos*.

—Pues yo soy boato de ti.

Pasamos la tarde ejercitando el músculo de la vida, rememorando aquellos gloriosos años juveniles de vaqueros desgastados, recogidos deshechos en su pelo, zapatos en blanco y negro, música *indie* y gominolas que no engordaban.

La miré al contraluz de los cortinajes blancos, espuma de mar y sirenas varadas, y jamás una mujer más bella ante mis ojos pude contemplar, que cada vez que movía sus dedos parecía tocar alguna mística melodía para mí, envolviéndome en un sopor que me extrañaba, casi tanto como en alguna ocasión lo hizo la literatura.

—Escucha —dijo, sacando de su bolso una pequeña libreta que reconocí en seguida. La abrió por las páginas finales, enderezando su tronco sobre la silla y aclarándose la garganta como si de una acción prodigiosa fuese a ser yo testigo.

—¿Por qué me haces esto?

—Porque es una forma de vivir con el corazón en un puño y la jaula de mi cabeza abierta: los pájaros volando sobre miles de millones de cabezas expectantes.

»Esta jaula... esta jaula que me hace temblar: llena de pájaros, pájaros de colores que quieren salir, que quieren volar, que se alborotan y se chocan entre ellos, pájaros de colores, exóticos, desplumados, pájaros muertos, buitres y cuervos, loros que gritan *hijo de puta* y melodiosos ruiseñores, y el cantar incesante de un periquito moribundo, que al lado de la puerta de esta jaula no para de llorar por mí.

»Miles de años he aguantado sus voces susurrantes como arroyos, que me han bastado los minutos que me quedan para rellenar de vida muerta las cuencas vacías que

en sus cráneos descansan, tapadas por un órgano ciego que jamás quiso comprender lo que corría, como el viendo, ante él.

»Conseguí al desvelarme la llave que abría mi camino, y el peso que aquellos petirrojos y llameantes seres alados me otorgaban se volvió en libertad con un giro de muñeca: de mis ojos las lágrimas en escansión fueron contadas, que hicieron rima asonante en dos de cuatro y en doble triada en mi seno se ayuntaron.

»Y fui, por un instante, mujer libre entre plumas cayendo del cielo, espantadas, que dejando marchar a tantos otros fui yo ligera por el mundo, convertida en soneto y utopía.

—Se cierra el telón.

—No, aún no.

—Es lo mismo, lo escribí yo, recuerdo cómo termina —dije, sintiendo por mi frente resbalar el peso de sus juicios.

—¿Quieres que llame a la enfermera?

—No, puedes irte, eso estaría bien.

—¿Te ha parecido mal que…?

—No, no me ha parecido mal, Laura, pero me ha servido para entender que tú también crees que yo estoy loco, y que me muero de una enfermedad del entendimiento: me parece osada, sin embargo, tu conducta, que te atreves a hurgar entre los papeles de mi esposa, que sí, está muerta, y ya sé que está muerta para siempre.

»Lárgate, y déjanos morir tranquilos.

Desapareció en el mar de lágrimas que la esperaba al abrir la puerta de mi celda. No la volví a ver, y creo que me dolieron más sus silencios que sus palabras: siempre viviré —y moriré— errado de conducta.

Expiro

Grietas. La gente envejece, se muda de piel y acaba muriendo en algún estanque. Puedes verlo en ellos: se les llenan los ojos de estrellas que aún brillan habiendo consumido todo aquello que las envolvía de gas ardiente, de esperanzas e ilusiones vanas, y una estela marca su camino de cristales petrificados en hielo, de lágrimas balsámicas y

palabras con tacto de algodón empapado en píldoras plenas de sacrificios al divino Morfeo.

Hay otra gente que nace, que se levanta por las mañanas y bebe café solo, se despereza y se va cosiendo, una a una, perlas en el vestido que los ampara de la intemperie. Gente que se enamora del amor y de la vida, que paga por tener el viento entrelazando tangos en las hebras de sus cabellos, y deja fluir la imaginación con mensajes cargados de esperanza. Su sonrisa, cosida en los labios, lucha por mantenerse a flote… ignorante, ante las galernas que sacuden las ventanas de persianas rotas pero frescas de pintura.

Helena murió un treinta de abril de no sé qué milenio, y fue mía hasta el final de la frontera, dejándose caer sobre la silla mojada, chorreando mares bermejos y tinta de sal. Amargo es todavía su recuerdo: a la orilla de este acantilado rocoso, me siento culpable.

Me siento culpable porque yo, intentando rescatar lo que pensé se había ido para siempre, antes de tiempo, maté un nuevo cuerpo, una nueva sed, otras tantas pestañas acuciantes.

Recuerdo su boca —que, por cierto, fue en este mundo materializada por Rossetti—, y su mano acariciando los pliegues que en la falda de seda rosada un dios había medido y acariciado, y sus cabellos que eran ríos, que eran fuego en el averno gris y tiritado de mi memoria.

¿Dónde están, ahora, tu par de zapatos y la luz de Selene bailando a tu lado el tango del invierno? Si apenas se ve el viento caminar en el alfiler de nuestros precipicios, desde el otro lado de la pared rota, lloro tu ausencia como un crío.

Te creé un día con mis finos dedos de demiurgo, te di forma en el barro que chapoteaba en la calzada de un lugar que era palacio de escritores: aportaste a mi alma el aliento que me faltaba para vivirla y disfrutarla, enterrado entre algodones de lino, deshechas mis emociones en la inmensa espera de esperarte, y fina seda cubriendo los cajones del olvido.

Te concebí plena: eras parte transeúnte entre millones, una mujer de gorro rojo que caminaba sin tacones por la carretera a las ocho de la mañana del lunes, la charcutera,

mi profesora de matemáticas, la sonrisa de mi madre frente al espejo, la joven Amélie de la estación de tren, mi primera novia, mi última mujer. Mi hermana. Amaranta.

Helena, estabas hecha de retales y tú no lo sabías, porque nunca te lo dije por miedo a que de tu boca saliese una declaración de independencia, una bandera propia y nuevos territorios en el horizonte cultural que compartimos. Una Ruby Sparks… no, por favor, no te despegues de las fibras de mis folios…

Pero… ¿en qué lugar ameno descansan ahora tus pieles otoñales? ¿Sigues bañándote en el agua templada de nuestras emociones? No te dejes ahogar, ahora que ya te has muerto, dejas entre mis libros un frío peldaño en el que sentarse a mirar, chocolate caliente en manos, lágrimas de felicidad brotando de los ojos.

Dejad que le crezcan flores de la cabeza. Dejadla ser espuma de mar en esta cálida noche de invierno, y dejadme a mí la epifanía de su cuerpo hecho de paz: mírala cómo se funde, entre las nubes.

Helena, ¿dónde están tu alma y tu *persona*? La voz de tu garganta brota y resuena a través de esta máscara que hoy compartimos, querida: perdóname. Yo no te maté porque quisiera hacerlo, fue que la pluma se resbaló en el intento de retener aquello que habíamos creado, y fue en vano el grito hierático que desgarró de mi voz la voz.

El grito.

Y ahora te espero, sacudiendo mi dolor con el espanto del hombre enloquecido, a la orilla de este mar que es casi océano… y vienen a veces, Helena, gentes a decirme que no existes. Gentes que me llevan de la mano y me sirven té caliente en tazas de porcelana, y con pastitas de mantequilla en la boca charlan de no sé qué cosas que no me importan, de no sé qué tiempo que hace fuera: que si llueve, que si hace sol, que si está fresquito y hay que ponerse una chaquetilla de punto.

Gentes que creen que yo me muero de recordar lo irrecordable, y que me ponen mantas térmicas sobre los muslos, y me leen las obras que algún día debí escribir.

Y todavía entonces me dicen que no existes, cuando ahí, ahí mismo se plasman tus caderas y merodean sobre los muros del infierno terrenal lo que un día fuimos… y tengo cartas tuyas que me dicen que estás viva, y que sigues en algún lugar brillando, apagada, como las estrellas.

Entonces tengo que sacar esas cartas y leérselas a todos, para que vean que no miento y que loco, lo que se dice loco, Helena, yo no lo estoy: cuerdo tengo el mecanismo que me rige la cabeza, de verdad, Amaranta, que a ti jamás te mentiría si te digo lo que pienso.

Pero ellos dicen que me tengo que acostar, y me dan pastillas para dormir en la comida, me las mezclan con la sopa y sabe aquello a fruta podrida y me dan ganas de llorar: contemplo el mar y siento envidia, por esa libertad que él tiene y que a mí se me quedó grande, tan grande que se desplomó en algún punto del camino.

Y de estos cuatro muros ya no salgo ni para ser un vegetal.

Porque, querida mujer mía —tan mía, y tan tuyo, y tan nuestro—, a ti que tu nombre no termina, no tengo miedo de decirte lo que siento y lo que pienso de la vida: tú, que sabes que la inseguridad, muda, en los campos marchita los lirios que la brisa concibió, y que escuchas el rumor de caracolas en el horizonte de las olas mientras se aleja, cauteloso, el invierno.

A ti que sabes que así pasa el tiempo por el mundo, como un rayo que ilumina el hueco de tu vientre, como las musas que crecen en la raíz de tus pestañas: a ti que hoy ya no me miras y me has dejado ciego de mirarte, a ti, querida Mujer mía.

A ti te dedico este poema: sobre el amor, sobre la muerte, sobre la vida.

Esta obra se fue escribiendo a trompicones:
entre retales quiso descubrir su forma entre
el otoño de 2015
y la primavera de 2016.

